

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

«EN ESTA HORA DE
GRAN TRIBULACIÓN...»



«Madre de Dios y nuestra, nosotros solemnemente encomendamos y consagramos a tu Corazón Inmaculado nuestras personas, la Iglesia y la humanidad entera, de manera especial Rusia y Ucrania».

Acto de consagración al Inmaculado Corazón de María, basílica del Vaticano (25/3/2022)

Año LXXVII- Núm. 1089 Abril 2022



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	19	Ucrania, la historia y la Iglesia <i>José Ignacio Orbe, hnssc</i>
4	La Virgen María pidió en Fátima la consagración al Inmaculado Corazón de María	24	El fin del AEIOU. Preludio de la tragedia de Europa <i>Pau Rodriguez</i>
5	Acto de consagración de Rusia y Ucrania al Inmaculado Corazón de María <i>Francisco, papa</i>	30	Pío XII. Textos para una paz justa, honrosa y duradera <i>Francesc M^a Manresa i Lamarca</i>
7	«Dios cambió la historia llamando al Corazón de María» <i>Francisco, papa</i>	34	El Holodomor <i>Josep Miro Escolà</i>
8	El rechazo ruso al nuevo orden mundial en perspectiva histórica <i>Jorge Soley Climent</i>	37	Cuando Polonia salvó de nuevo a Europa: la Guerra polaco-bolchevique <i>Jose Luis Orella</i>
11	Putin y la idea imperial rusa <i>Miguel Ángel Belmonte</i>	40	Moldavia, una situación parecida a Ucrania <i>Zina Vasilache</i>
14	Algunas consideraciones en torno a la guerra Rusia-Ucrania <i>Danilo Castellano</i>	43	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
15	Lo que Occidente y Rusia deben reconocer <i>Henry Kissinger</i>	45	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
17	La falsificación del alma rusa <i>Guillermo Elizalde</i>		

Razón del número

La Consagración, motivo de esperanza

De un modo explícito con gestos y con palabras el Papa ha querido hacerse eco de la reiterada petición de la Virgen de Fátima, unida a la promesa de la conversión de Rusia y a la esperanza de paz con el triunfo de su Corazón Inmaculado.

CUANDO el lector tenga en sus manos el actual número de *Cristiandad* no sabemos si desgraciadamente aún continuará la actual guerra en Ucrania o si ya se habrá alcanzado un acuerdo más o menos duradero de paz. En cualquier caso hemos creído oportuno reflexionar sobre las dolorosas y misteriosas circunstancias que acompañan a esta, para muchos, inesperada guerra que ha arrasado poblaciones enteras y ha obligado a millones de víctimas a dejar sus hogares y buscar refugio en otros países. De nuevo han vuelto a oírse discursos y amenazas que hacen referencia a una nueva guerra mundial, que podría venir acompañada de las temidas armas nucleares.

Desde principios de siglo xx con la llamada Gran Guerra, la humanidad y especialmente Europa se ha visto inmersa en sucesivas guerras que han sido consideradas de algún modo como fuera de tiempo o como las últimas guerras, desde la perspectiva de la Ilustración, que proclamaba el fin del ruido de las armas como consecuencia de la desaparición de los enfrentamientos religiosos, considerados como la cau-

sa principal de las guerras europeas en los siglos XVI y XVII. Así podemos entender el anuncio de Kant sobre «La paz perpetua» o los acuerdos que dieron lugar a la formación de la «Sociedad de Naciones». Los hechos han desmentido esta falsas profecías y confirman lo que recordaba Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris*: «La paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios».

Ante estas trágicas circunstancias hemos podido asistir con gozo y esperanza a la también inesperada consagración al Corazón Inmaculado de María de Rusia y Ucrania, que el papa Francisco presidió el pasado 25 de marzo, con un llamamiento a toda la Iglesia para que se uniera a la consagración en esta «hora oscura» y de «tribulación». De un modo explícito con gestos y con palabras el Papa ha querido hacerse eco de la reiterada petición de la Virgen de Fátima, unida a la promesa de la conversión de Rusia ya la esperanza de paz con el triunfo de su Corazón Inmaculado.

La Virgen María pidió en Fátima la consagración a su Inmaculado Corazón

LA Virgen María en la aparición del 13 de junio de 1917 dijo que Jesús quería establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María y que su Inmaculado Corazón sería el refugio de Lucia y el camino que la llevaría hasta Dios. Además el 13 de julio anunció que «para impedirla, (la guerra) vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán

aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz». En 1929 en Tui se apareció de nuevo a Lucia diciéndola que: «Ha llegado el momento en que Dios pide al Santo Padre que haga en unión con todos los obispos del mundo la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón prometiendo salvarla por este medio».

Cuando Sor Lucia hizo una pregunta similar al Señor en mayo de 1936, en Pontevedra (España), Él respondió: «Porque quiero que toda mi Iglesia reconozca esta consagración como un triunfo del Corazón Inmaculado de María».

«Que vuestro amor y patrocinio aceleren el triunfo de vuestro Inmaculado Corazón»

Así como fueron consagrados al Corazón de vuestro Hijo Jesús la Iglesia y todo el género humano, para que puestas en Él todas las esperanzas, fuese para ellos señal y prenda de victoria y de salvación; de igual manera, oh Madre nuestra y Reina del Mundo, también nos consagramos para siempre a Vos, a vuestro Inmaculado Corazón, para que vuestro amor y patrocinio aceleren el triunfo del Reino de Dios, y todas las gentes, pacificadas entre sí y con Dios, os proclamen bienaventurada y entonen con Vos, de un extremo a otro de la tierra, el eterno Magnificat de gloria, de amor, de reconocimiento al Corazón de Jesús, sólo en el cual pueden hallar la Verdad, la Vida y la Paz.

Pío XII, De la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María (1/9/1942)

Acto de consagración de Rusia y Ucrania al Inmaculado Corazón de María*

Francisco

OH María, Madre de Dios y Madre nuestra, nosotros, en esta hora de tribulación, **recurrimos a ti. Tú eres nuestra Madre**, nos amas y nos conoces, nada de lo que nos preocupa se te oculta. Madre de misericordia, muchas veces hemos experimentado tu ternura providente, tu presencia que nos devuelve la paz, porque tú siempre nos llevas a Jesús, Príncipe de la paz.

Nosotros hemos perdido la senda de la paz. Hemos olvidado la lección de las tragedias del siglo pasado, el sacrificio de millones de caídos en las guerras mundiales. Hemos desatendido los compromisos asumidos como comunidad de naciones y esta-

mos traicionando los sueños de paz de los pueblos y las esperanzas de los jóvenes. Nos hemos enfermado de avidez, nos hemos encerrado en intereses nacionalistas, nos hemos dejado endurecer por la indiferencia y paralizar por el egoísmo. Hemos preferido ignorar a Dios, convivir con nuestras falsedades, alimentar la agresividad, suprimir vidas y acumular armas, olvidándonos de que somos custodios de nuestro prójimo y de nuestra casa común. Hemos destrozado con la guerra el jardín de la tierra, hemos herido con el pecado el corazón de nuestro Padre, que nos quiere hermanos y hermanas. Nos hemos vuelto indiferentes

* Basílica del Vaticano (25/3/2022)



a todos y a todo, menos a nosotros mismos. **Y con vergüenza decimos: perdónanos, Señor.**

En la miseria del pecado, en nuestros cansancios y fragilidades, en el misterio de la iniquidad del mal y de la guerra, tú, Madre Santa, nos recuerdas que Dios no nos abandona, sino que continúa mirándonos con amor, deseoso de perdonarnos y levantarnos de nuevo. Es Él quien te ha entregado a nosotros y ha puesto en tu Corazón Inmaculado un refugio para la Iglesia y para la humanidad. Por su bondad divina estás con nosotros, e incluso en las vicisitudes más adversas de la historia nos conduces con ternura.

Por eso recurrimos a ti, llamamos a la puerta de tu Corazón, nosotros, tus hijos queridos a los que no te cansas jamás de visitar e invitar a la conversión. En esta hora oscura, ven a socorrernos y consolarnos. Repite a cada uno de nosotros: «¿Acaso no

El «sí» que brotó de tu Corazón abrió las puertas de la historia al Príncipe de la paz; confiamos que, por medio de tu Corazón, la paz llegará.

estoy yo aquí, que soy tu Madre?».

Tú sabes cómo desatar los enredos de nuestro corazón y los nudos de nuestro tiempo. Ponemos nuestra confianza en ti. Estamos seguros de que tú, sobre todo en estos momentos de prueba, no desprecias nuestras súplicas y acudes en nuestro auxilio.

Así lo hiciste en Caná de Galilea, cuando apresuraste la hora de la intervención de Jesús e introdujiste su primer signo en el mundo. Cuando la

fiesta se había convertido en tristeza le dijiste: «No tienen vino» (Jn 2,3). Repíteselo otra vez a Dios, oh Madre, porque hoy hemos terminado el vino de la esperanza, se ha desvanecido la alegría, se ha agotado la fraternidad. Hemos perdido la humanidad, hemos estropeado la paz. Nos hemos vuelto capaces de todo tipo de violencia y destrucción. Necesitamos urgentemente tu ayuda materna.

Acoge, oh Madre, nuestra súplica.

Tú, estrella del mar, no nos dejes naufragar en la tormenta de la guerra.

Tú, arca de la nueva alianza, inspira proyectos y caminos de reconciliación.

Tú, «tierra del Cielo», vuelve a traer la armonía de Dios al mundo.

Extingue el odio, aplaca la venganza, enséñanos a perdonar.

Líbranos de la guerra, preserva al mundo de la amenaza nuclear.

Reina del Rosario, despierta en nosotros la necesidad de orar y de amar.

Reina de la familia humana, muestra a los pueblos la senda de la fraternidad.

Reina de la paz, obtén para el mundo la paz.

Que tu llanto, oh Madre, conmueva nuestros corazones endurecidos. Que las lágrimas que has derramado por nosotros hagan florecer este valle que nuestro odio ha secado. Y mientras el ruido de las armas no enmudece, que tu oración nos disponga a la paz. Que tus manos maternas acaricien a los que sufren y huyen bajo el peso de las bombas. Que tu abrazo materno consuele a los que se ven obligados a dejar sus hogares y su país. Que tu Corazón afligido nos mueva a la compasión, nos impulse a abrir puertas y a hacernos cargo de la humanidad herida y descartada.

Santa Madre de Dios, mientras estabas al pie de la cruz, Jesús, viendo

al discípulo junto a ti, te dijo: «Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), y así nos encomendó a ti. Después dijo al discípulo, a cada uno de nosotros: «Ahí tienes a tu madre» (v. 27). Madre, queremos acogerte ahora en nuestra vida y en nuestra historia. En esta hora la humanidad, agotada y abrumada, está contigo al pie de la cruz. Y necesita encomendarse a ti, consagrarse a Cristo a través de ti. El pueblo ucraniano y el pueblo ruso, que te veneran con amor, recurren a ti, mientras tu Corazón palpita por ellos y por todos los pueblos diezmados a causa de la guerra, el hambre, las injusticias y la miseria.

Por eso, Madre de Dios y nuestra, nosotros solemnemente encomendamos y consagramos a tu Corazón Inmaculado nuestras personas, la Iglesia y la humanidad entera, de manera especial Rusia y Ucrania. Acoge este acto nuestro que realizamos con confianza y amor, haz que cese la guerra, provee al mundo de paz. El «sí» que brotó de tu Corazón abrió las puertas de la historia al Príncipe de la paz; confiamos que, por medio de tu Corazón, la paz llegará. A ti, pues, te consagramos el futuro de toda la familia humana, las necesidades y las aspiraciones de los pueblos, las angustias y las esperanzas del mundo.

Que a través de ti la divina Misericordia se derrame sobre la tierra, y el dulce latido de la paz vuelva a marcar nuestras jornadas. Mujer del sí, sobre la que descendió el Espíritu Santo, vuelve a traernos la armonía de Dios. Tú que eres «fuente viva de esperanza», disipa la sequedad de nuestros corazones. Tú que has tejido la humanidad de Jesús, haz de nosotros constructores de comunión. Tú que has recorrido nuestros caminos, guíanos por sendas de paz. Amén.

«Dios cambió la historia llamando al Corazón de María»

Celebración de la penitencia con el acto de consagración al Corazón Inmaculado de María. Homilía del Santo Padre Francisco, basílica de San Pedro, 25 de marzo de 2022.

PORQUE, si queremos que el mundo cambie, primero debe cambiar nuestro corazón. Para que esto suceda, dejemos hoy que la Virgen nos tome de la mano. Contemplemos su Corazón Inmaculado, donde Dios se reclinó, el único Corazón de criatura humana sin sombras. Ella es la «llena de gracia» (v. 28) y, por tanto, vacía de pecado; en ella no hay rastro del mal y por eso Dios pudo iniciar con ella una nueva historia de salvación y de paz. Fue allí donde la historia dio un giro. **Dios cambió la historia llamando a la puerta del Corazón de María.**

Y hoy también nosotros, renovados por el perdón, llamamos a la puerta de ese Corazón. **En unión con los obispos y los fieles del mundo, deseo solemnemente llevar al Corazón Inmaculado de María todo lo que estamos viviendo; renovar a ella la consagración de la Iglesia y de la humanidad entera y consagrarle, de modo particular, el pueblo ucraniano y el pueblo ruso, que con afecto filial la veneran como Madre.** No se trata de una fórmula mágica, no, no es eso; sino que se trata de un acto espiritual. Es el gesto de la plena confianza de los hijos que, en la tribulación de esta

guerra cruel y esta guerra insensata que amenaza al mundo, recurren a la Madre. Como los niños, cuando están asustados, que van con su madre a llorar, a buscar protección. **Acudamos a la Madre, depositando en su Corazón el miedo y el dolor, y entregándonos totalmente a ella.** Es colocar en ese Corazón limpio, inmaculado, donde Dios se refleja, los bienes preciosos de la fraternidad y de la paz, todo lo que tenemos y todo lo que somos, para que sea ella, la Madre que nos ha dado el Señor, la que nos protege y nos cuida.



El rechazo ruso al nuevo orden mundial en perspectiva histórica

Jorge Soley Climent

Estamos asistiendo al regreso de Rusia al escenario internacional, desafiando a la que hasta ahora ha sido la primera potencia mundial, los Estados Unidos.

LA persistencia de la guerra, que nunca ha desaparecido del mundo y que ha estallado de nuevo en Europa con la invasión rusa de Ucrania, nos pone, en primer lugar, ante la enésima constatación de los efectos del pecado, que está en el origen de todo conflicto. Recientemente lo recordaba el obispo de Shrewsbury, Mark Davies, al escribir que: «los pecados de la humanidad representan la mayor amenaza para la paz mundial... el rechazo de Dios en favor del pecado es la causa fundamental de la guerra y la división entre los pueblos... Reconocemos que **es el pecado humano el que quita la paz del mundo**, la paz de las familias y de sociedades enteras. El pecado nos quita nuestra propia paz y cuando este rechazo a Dios se convierte en definitivo, nos quita la esperanza de la paz eterna».

Nuestro mundo no solo ha olvidado esta verdad, sino que la ha despreciado como absurda y superada. En nuestra orgullosa autosuficiencia hemos proclamado que somos capaces de erradicar la guerra... para fracasar penosamente una vez más. Hemos negado la raíz de nuestros males, propuesto ridículos

remedios humanos... ¡y aún nos sorprendemos de que la paz no llegue!

Pero es incluso peor. No solo nos resistimos a ver la raíz sobrenatural de la cuestión, sino que incluso perdemos de vista lo meramente natural. Solo la ceguera provocada por nuestra pretenciosa actitud explica

En nuestra orgullosa autosuficiencia hemos proclamado que somos capaces de erradicar la guerra.

nuestra incapacidad para ver lo que cualquier antiguo habría percibido.

Toda guerra entre imperios acaba con una paz (o al menos una tregua), que se suele plasmar en algún tipo de tratado o acuerdo, al menos implícito, que recompone el equilibrio de poder y el papel de cada uno de los antiguos contendientes en el nuevo mundo que emerge tras el conflicto. Estos tratados de paz, siempre limitados y precarios, como todo lo humano, consiguen periodos de no agresión de mayor o menor duración en función de



diversos factores, entre los que se cuentan los términos del acuerdo y su aceptación o no por parte de los derrotados.

El terremoto que sacudió Europa con las guerras napoleónicas acabó, tras **Waterloo**, con la reconfiguración del equilibrio de poder acordada en el Congreso de Viena. Unos acuerdos que fueron generosos con la potencia derrotada, Francia, que reinstauraba la monarquía y por ello podía presentarse como víctima de Napoleón en la misma medida que el resto de potencias de la época. Esa Francia restaurada, además, aceptaba el nuevo orden nacido de Viena que ahuyentaría el conflicto a gran escala de Europa durante algo más de medio siglo.

El fin de la segunda guerra mundial no se selló con un tratado. La guerra total llevó a la rendición sin condiciones de las potencias del Eje y a los **juicios de Nuremberg**. Las condiciones de postguerra fueron inicialmente duras para los derrotados pero pronto los nuevos regímenes recibieron el apoyo de los vencedores y, en el caso de Alema-

nia e Italia, la ayuda económica norteamericana encuadrada en el Plan Marshall. Esta integración de los derrotados en el nuevo orden internacional fue de la mano de su capitulación moral, del reconocimiento

La Rusia postsoviética resultó un país anómico, traumatizado por el colapso repentino de todas las referencias que lo vertebraban.

por parte de los gobiernos alemán, italiano y japonés de la culpa de sus países en la génesis de la guerra que había devastado el mundo y por la firme promesa por su parte de que aquello no se repetiría jamás.

De modo muy diferente se saldó la primera guerra mundial. El Tratado de Versalles fue especialmente punitivo, tanto con una Alemania humillada y ahogada por unas reparaciones impagables, como con un Imperio austrohúngaro que resultó desmembrado. Aquel tratado

alimentó el revanchismo de una Alemania que nunca consideró sus condiciones como justas. Como escribiría el mariscal francés Foch, el Tratado de Versalles inauguró una tregua que, con precisión casi milimétrica, duraría un par de décadas.

Rusia no acepta un papel secundario en el nuevo orden mundial

El hundimiento del bloque comunista en el periodo comprendido entre 1989, con la caída del Muro de Berlín, y 1991, con la disolución de la URSS, significó el fin de la Guerra Fría y la victoria de las potencias occidentales, encabezadas por los Estados Unidos. No hubo tratado alguno, ni tampoco juicios, pero en un primer momento, bajo el gobierno de Boris Eltsin en Rusia, parecía que los herederos de la Unión Soviética asumían aquella capitulación moral que interiorizaron los derrotados en la segunda guerra mundial y aceptaban un papel de segundo orden en el escenario internacional. Sin embargo, lo cierto

es que, tras unos breves momentos de desconcierto, Moscú empezó a dar señales de que no aceptaba su lugar en el «Nuevo Orden Mundial» proclamado por George Bush en 1991. De hecho, ya en ese mismo año, el que luego sería ministro de Asuntos Exteriores ruso, Yevgueni Primakov, intentó apoyar a Saddam Hussein contra la coalición liderada por los Estados Unidos. Y ya bajo el mandato de Putin asistimos a un claro punto de inflexión con las **dos guerras de Chechenia**, en 1994 y 1999. Luego seguirían **la intervención rusa contra Georgia** en 2008, **la anexión de Crimea** en 2014 o **la intervención en Siria** a partir de 2015. Síntomas de que Rusia cuestionaba cada vez más el papel que se le había asignado en lo que los analistas Ivan Krastev y Stephen Holmes han designado como la «era de la imitación».

La «era de la imitación»

Una era inaugurada con el fin de la Guerra Fría y en la que predominaba la convicción de que el modelo

liberal occidental se había impuesto sin posible alternativa alguna. Un sistema fundado en un asimetría entre, por una parte, los sujetos imitados (los países occidentales, vencedores) y los sujetos imitadores (los antiguos países comunistas, derrotados). Un enfoque que fue asumido incluso con entusiasmo en los países de Europa central pero que Rusia nunca aceptó de buen grado. Lo que los antiguos países comunistas vivieron como una liberación, fue en Rusia un fenómeno ambivalente: liberación del yugo del comunismo, sí, pero pérdida de territorios y población junto a indicadores económicos y sociales propios de un país derrotado en una guerra (entre 1989 y 1995 la esperanza de vida se desplomó de 70 a 64 años, se calcula en más de un millón el número de muertes prematuras y se vivió una explosión de suicidios). **La Rusia postsoviética resultó un país anómico, traumatizado por el colapso repentino de todas las referencias que lo vertebraban.**

En este contexto, el objetivo de Vladimir Putin siempre ha sido superar esta situación y reconstituir

una Rusia poderosa que pudiera hablar de igual a igual al resto de grandes potencias. Tarea que, al menos parcialmente, ha llevado a cabo con éxito, como la intervención rusa, determinante para el resultado final de la guerra en Siria, ha dejado en evidencia. Muy revelador de la determinación de romper con el papel asignado a Rusia en el escenario post Guerra Fría son las declaraciones de Putin en 2017, argumentando sus intervenciones en Georgia y Ucrania: «Si la OTAN pudo intervenir en la guerra civil en Yugoslavia, si el genocidio de Saddam Hussein contra los kurdos fue motivo para desalojarle violentamente del poder, ¿por qué Rusia no debería proteger a los rusos étnicos perseguidos?». **Se establece así un perverso mimetismo que ahora ha desembocado en la invasión de Ucrania, cuya génesis se remonta al modelo surgido del final de la Guerra Fría, que Rusia realmente nunca ha aceptado y que anuncia una dinámica que el hombre, por sus propias fuerzas y tendencias, difícilmente podrá detener.**

Las consecuencias de las construcciones terrenas sin Dios

El mal no hay que buscarlo en la guerra sino antes de la guerra, en los tiempos más aparentemente pacíficos. En estos tiempos se cometen crímenes espirituales que van acumulando odio y rencor. En la guerra viene expiado como sacrificio todo mal cometido. En la guerra, las personas sufren las consecuencias de sus propias elecciones, asumen su responsabilidad, lo acepta todo, incluso la muerte. Porque, en verdad, la consecuencia de todas las construcciones terrenas sin Dios, aun en su nombre, no es la vida próspera y sin fin, sino la muerte. La guerra es una gran indicadora. En ella sale a la superficie todo lo que sucede en lo profundo. Y los crímenes espirituales antes cometidos, en ella se manifiestan en un plano físico. La guerra no es un mal en sí mismo, más bien, está ligada al mal y es la consecuencia de un mal más profundo.

N. Berdiaev, *Sobre la guerra*, 1918

Putin y la idea imperial rusa

Miguel Ángel Belmonte

Nos encontramos ante una pseudo-restauración de la idea imperial rusa en la política exterior de Putin en la que se mezclan elementos religiosos heterogéneos y donde es difícil saber si hay algo más que mera retórica vacía, mera voluntad de poder, al servicio de la vanidad de dirigentes apasionados por el poder y naciones embriagadas de resentimiento.



EN su famoso y polémico libro *El choque de las civilizaciones*, Huntington (1997) expuso tres escenarios para las relaciones entre Ucrania y Rusia en el siglo XXI. El menos probable, a su juicio, era el de una guerra entre ambos países: «a principios de los años noventa, entre los dos países había problemas pendientes de gran importancia, relativos a las armas nucleares, Crimea, los derechos de los rusos en Ucrania, la flota del Mar Negro y las relaciones económicas. Muchos

pensaban que el conflicto armado era probable, lo que llevó a algunos analistas occidentales a sostener que Occidente debía apoyar la posesión por parte de Ucrania de un arsenal nuclear para disuadir la agresión rusa». **Un segundo escenario**, algo más probable, era que «Ucrania se escinda siguiendo su línea de fractura en dos entidades separadas, de las cuales la oriental se fundiría con Rusia» (...) Como decía un general ruso, «Ucrania, o mejor, Ucrania oriental, volverá en cinco, diez o quince años.

¡Ucrania occidental puede irse al infierno!». **El tercer escenario**, a su juicio el más probable, era que «Ucrania seguirá unida, seguirá escindida, seguirá siendo independiente y, por lo general, cooperará estrechamente con Rusia» (p. 198-200) como pasó en gran medida hasta 2014. Los sucesos del así llamado «Euromaidán» disolvieron ese tercer escenario y convirtieron el escenario bélico en el real. Hay que recordar que **desde 2014 hay guerra en Ucrania**, si bien la intervención militar oficial de Rusia no se ha desencadenado hasta febrero del año en curso.

La teoría de Huntington, más allá de lo acertado o no de sus predicciones concretas, consiste en **interpretar el mundo en clave civilizatoria**. Pero lo que él llama choque de civilizaciones no está muy lejos de la noción clásica de imperio, que sigue teniendo validez en el análisis de las relaciones internacionales: «Un gran imperio implica que no hay fronteras excluyentes dentro de su territorio y, por tanto, que las ocasiones para conflictos interterritoriales son menores que en un escenario formado por numerosos estados soberanos y mutuamente hostiles. El imperio es un paraguas para los territorios incluidos que puede prevenir su mutua beligerancia. Sin embargo, las fronteras imperiales externas también tienden a ser conflictivas, especialmente si lindan con otros imperios» (J. M. Colomer, 2006, *Grandes imperios, pequeñas naciones*, p. 30). **Hoy día, ningún país puede prosperar si no es bajo el paraguas de algún «imperio», sea la Unión Europea, EEUU, China o la propia Rusia**. Esta realidad fáctica choca con los nacionalismos extremos que, como es sabido, «lejos de aumentar la estabilidad y la libertad políticas, proporcionan en las zonas mixtas tensión y odio mutuo» (Ké-

dourie, 1988, *Nacionalismo*, p.89). **En la guerra ruso-ucraniana, el nacionalismo ucraniano y el imperialismo ruso están chocando al modo de una escalada de violencia** hasta el extremo de que, tal como advertía Girard en su última obra, podría desembocar en un enfrentamiento planetario nuclear irreversible (cf. René Girard, *Clausewitz en los extremos*).

La cuestión es si la política rusa bajo la batuta de Vladimir Putin consiste en algo así como una restauración de la idea de una Rusia

Para el eurasianismo, Rusia ha de ser el centro de un imperio formado no solo por ortodoxos, sino por musulmanes y turcófonos en general de toda la Asia central.

imperial. El fundador del Club de Izborsk, Alexander Projanov, afirmaba en 2015 que «la confrontación con Occidente va a continuar y agravarse. **Rusia se volverá cada vez más hacia China y la India para construir un gran frente antioccidental**. Se están formando dos campos enemigos y nos encaminamos a una nueva guerra mundial. Dios decidirá» (Michel Eltchaninoff, 2015, *En la cabeza de Vladímir Putin*, p. 139). Precisamente un miembro destacado del Club de Izborsk, el exministro de cultura Vladímir Medinski, fue designado por Putin como jefe de la delegación rusa encargada de las negociaciones con Ucrania. Desde 2012, Putin intensificó la presencia en sus discursos de referencias a valores espirituales tradicionales para hacer frente a la crisis demográfica y moral de Rusia.

Es tan innegable como paradójica la habilidad de Putin y su entorno para integrar en la exaltación de Rusia y de su historia elementos tan aparentemente alejados entre sí como el bautismo de Rusia en tiempos del zar Vladimiro el Grande y la llamada Gran Guerra Patriótica liderada por Stalin a partir de 1941. Sus contrapuntos son: la renuncia de Lenin a gran parte del territorio europeo de Rusia en 1917-1922 y la descomposición de la Unión Soviética, vista como una tremenda humillación de la que hay que resarcirse.

La necesidad de restaurar moral y demográficamente Rusia –la «preservación de Rusia»– fue una idea recurrente del último Solzhenitsyn, quien aceptó reunirse con Putin en varias ocasiones durante sus últimos años de vida. Algunos vieron en ello una ingenua concesión del célebre escritor de la que el gobernante supo obtener créditos en términos de imagen. La anexión de territorios con abundante población de origen ruso como Crimea y muchas otras zonas limítrofes a Rusia, responde parcialmente a esta voluntad de recuperar la población perdida. La identificación de Rusia con el corazón de una gran unión de pueblos eslavos, habitual idea en los discursos de Putin, está presente en la tradición eslavófila. Así, en **un cierto paneslavismo rusocéntrico como el defendido a finales del XIX por Nikolai Danilevski, para el cual el futuro de Rusia está ligado inexorablemente al enfrentamiento con Occidente**. Otro filósofo al que Putin ha citado a menudo es **Iván Ilyin**, que se opuso a la Revolución de Octubre y tuvo que exiliarse, gran defensor de la tradición rusa, además de profundo conocedor de la filosofía occidental. Pero casi nadie conocería a Ilyin ahora si no fuera precisamente por haber sido frecuentemente citado por

Putin, ganándose así las simpatías de gran parte del clero ortodoxo. Ahora bien, las piruetas ideológicas de Putin le permiten, a la vez que muestra su celo por la defensa de la ortodoxia religiosa, proclamarse partidario del eurasianismo, una especie de secularización de la segunda generación eslavófila. Para el eurasianismo, Rusia ha de ser el centro de un imperio formado no solo por ortodoxos, sino por musulmanes y turcofonos en general de toda la Asia Central. El protagonismo que están teniendo los chechenos en la actual guerra es una muestra de la capacidad de Putin para liderar esta corriente eurasianista. Se pretende en ella edulcorar la época de los siglos XIII a XV, época en que Rusia estuvo bajo el dominio de tártaros y mongoles. Se trata, por tanto, de una extraña amalgama de elementos religiosamente heterogéneos, aunque con una primacía de la ortodoxia. Ya que resulta consustancial a la historia de la ortodoxia rusa el haberse configurado como una religión de Estado. Toynbee lo expresaba así: «...la Iglesia Ortodoxa se había transformado en dependencia del Estado, primero en el Imperio Romano de Oriente revivificado y luego en cada uno de los otros estados que fueron atraídos al círculo de la sociedad cristiana ortodoxa por conversión; de modo que la Cristiandad ortodoxa, en la edad correspondiente a la «Edad Media» del Occidente, presentó un espectáculo enteramente diferente del mostrado por la Cristiandad Occidental medieval, pero no tan distinto de aquél de la parte protestante del mundo occidental moderno, donde el mapa de las afiliaciones eclesiásticas se conforma al mapa de las soberanías políticas y donde la gente de una misma fe,

en lugar de estar unida en el seno de una iglesia, está dividida entre cierto número de iglesias locales que son separadas, no porque difieran en la práctica o el credo, sino porque han nacido con las fundaciones de esta-

Resulta consustancial a la historia de la ortodoxia rusa el haberse configurado como una religión de Estado.

dos soberanos separados.» (Toynbee, p. 90-91). El apoyo explícito del actual Patriarca de Moscú, Cirilo, a la política de Putin, interpretada como reacción contra «las fuerzas del mal» que quieren impedir «la unidad de todas las Rusias» (homilía del 27 de febrero de 2022, citada por la revista francesa *La Nef*, nº 346, p. 27) refleja

ya abiertamente nuevas rupturas radicales en el seno del mundo ortodoxo, ruptura explícita ya desde 2018 con el patriarca de Constantinopla Bartolomé y también ruptura con el metropolitano Onofre, cabeza de la Iglesia ortodoxa ucraniana dependiente teóricamente de Moscú, que ha llamado a defender Ucrania de la invasión rusa. Estas desavenencias encajan bien con la comparación establecida por Toynbee con las iglesias nacionales protestantes. Parece, en definitiva, que nos encontramos ante una pseudo-restauración de la idea imperial rusa en la política exterior de Putin en la que se mezclan elementos religiosos heterogéneos y donde es difícil saber si hay algo más que mera retórica vacía, mera voluntad de poder, al servicio de la vanidad de dirigentes apasionados por el poder y naciones embriagadas de resentimiento.

Moscú, la tercera Roma

En el alma rusa, el concepto de «Moscú, la tercera Roma» parece haber tenido el efecto de precipitar, concentrar y expresar un sentido ruso del carácter único del destino de Rusia considerada como la única depositaria y ciudadela sobreviviente de un cristianismo impecablemente ortodoxo».

Toynbee, *Un estudio de la historia*, VII, primera parte, p. 68



Algunas consideraciones en torno a la Guerra Rusia-Ucrania*

Frente a la guerra entre Rusia y Ucrania se han registrado distintas posiciones, a veces sorprendentes.

Hay quienes, en efecto, entienden que Occidente tiene no sólo el derecho sino también el deber de movilizar guerras contra los países y pueblos que no reciben ni sus costumbres ni sus ordenamientos y «derechos humanos» tal y como han sido teorizados ideológicamente por la Weltanschauung de origen protestante y como se han afirmado históricamente. Esta motivación constituyó oficialmente la «causa» de distintas guerras, a comenzar por la del Golfo, y la razón de la «primavera árabe», querida hace no muchos años por los Estados Unidos de América.

Hay quienes, seguidamente, continúan oponiéndose al «comunismo» y entienden que esta oposición legítima cualquier conflicto, incluido el actual entre Rusia y Ucrania. Parece que estos no se den cuenta de que el comunismo, que se instaló con la revolución bolchevique de 1917, se acabó hace tiempo. Hemos entrado en una nueva era, no necesariamente mejor que la que pasó. Quizá por razones instrumentales o por incapacidad de leer la nueva situación histórica, ignoran que el mismo marxismo fue y es producto del liberalismo, que a veces siguen

defendiendo, pero que en Occidente colabora, explota y sostiene simultáneamente al Oriente (particularmente China) por intereses egoístas: en China hay un comunismo funcional al liberalismo económico y un liberalismo económico funcional a los intereses del comunismo «político». Ignoran además que el colectivismo instaurado en muchos países occidentales por regímenes liberales es sustancialmente un comunismo «enmascarado», es decir, un régimen que conserva las instituciones y características de un liberalismo adaptado a la nueva situación. La misma propiedad privada, por poner un ejemplo, es considerada funcional al nuevo sistema, que presenta aspectos comunes con el comunismo: a través la exacción fiscal, en efecto, se lleva a cabo la igualdad ilustrada tanto como el interés de los grandes capitales. Se ha logrado, así, la cuadratura del círculo perseguida por las ideologías contrarias a la verdadera libertad y a la justicia proporcional.

Hay otros, además, que condenan a Putin sólo porque la guerra entre Rusia y Ucrania ha causado la interrupción, de algún modo inesperada, de sus intereses económicos, comprometiendo nuevas y prometedoras aperturas.

Estas (y otras) tomas de posición no son criterios que ayuden a des-

cifrar la compleja cuestión de las relaciones conflictivas entre Rusia y Ucrania, que constituyen un factor de desestabilización, de incertidumbres, de daños y de dramas, sobre todo para los países en guerra, pero también para otros pueblos (por ahora) ajenos al conflicto. La guerra entre Rusia y Ucrania, finalmente, es la manifestación de una desorientación radical de gobiernos y pueblos, que no alcanzan a reconocer la estrella polar del orden natural y de la verdad.

(...)

La situación presente impone pensar atentamente en el pasado. Resulta cada vez más evidente la necesidad de una autoridad internacional, incluso mundial, para afrontar los problemas de seguridad y de paz. La autoridad puede ser el emperador de Dante u otra institución idónea para considerar las relaciones entre los Estados según la reglas del derecho natural (clásico) y cánones morales. La guerra ruso ucraniana lo reclama con fuerza.



Lo que Occidente y Rusia deben reconocer*

El antiguo secretario de estado norteamericano Henry Kissinger escribió el 5 de marzo de 2014 en el Washington Post un artículo dedicado al entonces naciente conflicto en el Donbass y Crimea cuyo análisis ha resultado enormemente acertado.

DEMASIADO a menudo la cuestión ucraniana se presenta como un ajuste de cuentas: si Ucrania se une a Occidente o a Oriente. Pero para que Ucrania sobreviva y prospere, no debe ser la avanzadilla de ninguno de los dos bandos contra el otro: debe actuar como puente entre ellos. **Rusia debe darse cuenta de que tratar de forzar a Ucrania a convertirse en un satélite, y por lo tanto desplazar de nuevo las fronteras de Rusia, condenaría a Moscú a repetir su historia de ciclos autocumplidos de presiones recíprocas con Europa y Estados Unidos.**

Occidente debe entender que, para Rusia, Ucrania nunca podrá ser un país extranjero. La historia de Rusia comenzó en lo que se llamó Kievan-Rus. Ucrania forma parte de Rusia desde hace siglos y sus historias están entrelazadas desde siempre. Algunas de las batallas más importantes por la libertad de Rusia, empezando por la batalla de Poltava en 1709, se libraron en suelo ucraniano. La Flota del Mar Negro, el medio de Rusia para proyectar

su poder en el Mediterráneo, tiene su base en Sebastopol (Crimea). Incluso famosos disidentes como **Aleksandr Solzhenitsyn** y **Joseph Brodsky** insistieron en que Ucrania era una parte integral de la historia rusa y, de hecho, de Rusia. La Unión Europea debe reconocer que su prolongación burocrática y la subordinación del elemento estratégico a la política interna en la negociación de las relaciones de Ucrania con Europa contribuyeron a convertir una negociación en una crisis. La política exterior es el arte de establecer prioridades. Los ucranianos son el elemento decisivo. **Viven en un país con una historia compleja y una composición políglota.** La parte occidental se incorporó a la Unión Soviética en 1939, cuando Stalin y Hitler se repartieron el botín. Crimea, cuya población es mayoritariamente rusa, no pasó a formar parte de Ucrania hasta 1954, cuando Nikita Krushev, ucraniano de nacimiento, se la adjudicó como parte de la celebración de los 300 años de un acuerdo ruso con los cosacos. El oeste es mayoritariamente católico;

*Henry Kissinger, *To settle the Ukraine crisis, start at the end*, «The Washington Post», 5 de marzo de 2014.

el este, mayoritariamente ortodoxo ruso. En el oeste se habla ucraniano; en el este se habla sobre todo ruso. **Cualquier intento de un ala de Ucrania de dominar a la otra – como ha sido la pauta– acabará conduciendo a la guerra civil o a la ruptura. Tratar a Ucrania como parte de una confrontación Occidente-Oriente hundiría cualquier perspectiva de llevar a Rusia y Occidente, especialmente a Rusia y Europa, a un sistema internacional cooperativo durante décadas. Ucrania es independiente desde hace sólo 23 años; antes había estado bajo algún tipo de dominio extranjero. No es de extrañar que sus líderes no hayan aprendido el arte del compromiso, y mucho menos la perspectiva histórica. La política de la Ucrania posterior a la independencia muestra claramente que la raíz del problema**

radica en los esfuerzos de los políticos ucranianos por imponer su voluntad a las partes recalcitrantes del país, primero a un lado y luego al otro. Esta es la esencia del conflicto entre Viktor Yanukovich y su principal rival política, Yulia Tymoshenko. Representan las dos alas de

Cualquier intento de un ala de Ucrania de dominar a la otra – como ha sido la pauta– acabará conduciendo a la guerra civil o a la ruptura.

Ucrania y no han querido compartir el poder. **Una política prudente de Estados Unidos hacia Ucrania buscaría la manera de que ambas**

partes del país cooperaran entre sí. Debemos buscar la reconciliación, no el dominio de una facción.

Rusia y Occidente, y menos aún las distintas facciones de Ucrania, no han actuado según este principio. Cada uno de ellos ha empeorado la situación. Rusia no podrá imponer una solución militar sin aislarse en un momento en que muchas de sus fronteras ya son precarias. Para Occidente, la demonización de Vladimir Putin no es una política; es una coartada para la ausencia de política. Putin debería darse cuenta de que, independientemente de sus quejas, una política de imposiciones militares produciría otra Guerra Fría. Por su parte, Estados Unidos debería evitar tratar a Rusia como una realidad aberrante a la que se le enseñan pacientemente las normas de conducta establecidas por Washington.

La rusofobia posmoderna

Rusia, no ha desaparecido. Este hecho, que ha sido reiteradamente vaticinio común al devenir de todos los imperios, está muy lejos de producirse. La muerte de Rusia ha sido profetizada, con disimulado alborozo varias veces en los últimos siglos. Rusia no sólo no murió, sino que al final del reinado del Pedro I, Suecia había dejado de ser una gran potencia y Rusia podía considerarse uno de los grandes reinos de la historia. Tras el fin de la guerra de Crimea, de nuevo se anunció la muerte de Rusia, o cuando no, una postración que la dejaría *sine die* la primera división de la historia. Lo mismo se repitió tras la Revolución de 1917 y la guerra civil y tras la caída del comunismo. La crisis de Ucrania y Crimea de 2014 demuestra que occidente ha vuelto a hacerse ilusiones y a creerse que Rusia ha muerto. Sin embargo, Rusia sigue estando ahí, viva y bien viva.

(...) Desde 1991 asistimos a una rusofobia posmoderna que puede verse cada día en los medios occidentales, y explica esta eclosión de una nueva rusofobia como el resultado de los sentimientos mayoritarios de la clase mediática e intelectual que ha visto en la caída de la URSS y del comunismo un fracaso imperdonable de los ideales que reivindicaron durante decenios, de tal manera que no pueden aceptar más que una Rusia corrompida y decadente tras haber dejado de ser la tierra prometida de una nueva fe.

La falsificación del alma rusa

Guillermo Elizalde Monroset

El espectáculo que vemos hoy en la tierra de san Vladimiro es el triunfo del nacionalismo y la reducción de la religión a un adorno de la nacionalidad.



Bautizo de san Vladimiro

RUSIA nació cuando el príncipe Vladimiro de Kíev, de la dinastía varega de los Riuríkidas, se bautizó en el cristianismo ortodoxo a finales del siglo X. Su pueblo se educó desde entonces en el peculiar misticismo ortodoxo, siempre en busca de una verdad sencilla pero oculta tras las apariencias de la historia y reacio a las exploraciones filosóficas.

Apenas 250 años después del bau-

tismo real los tártaros musulmanes de la Horda de Oro conquistaron Rusia. Los habitantes de Kíev se fueron desplazando hacia el norte en busca de zonas menos hostiles. Y surgió el Gran Ducado de Moscú, cuyas características maneras autocráticas y centralistas se inspiraban en el janato mongol al que estaba sometido.

A mediados del siglo XV sucedieron dos hechos determinantes: Constantinopla sucumbió a manos del islam y Moscú se libró del yugo tártaro. Rusia quedaba como Tercera Roma y auténtico imperio cristiano, los zares como herederos del César y tutores de la fe, y su iglesia ortodoxa como la guardiana del verdadero Cristo. Rusia era el nuevo pueblo elegido, el pueblo de Dios, un país mesiánico cuya tarea era llevar a Cristo a todos los pueblos; en frente estaba el cristianismo latino, considerado una falsificación del Evangelio.

Tenemos ya formado el mapa esencial del alma rusa: **cristianismo ortodoxo, sentido religioso de la vida, misticismo y conciencia mesiánica. Y también antagonismo con la Europa católica, absolutismo y cesaropapismo**, todos ellos impulsados por interferencias políticas que resultarán letales.

En el siglo XVII, cuando Rusia se extendía ya de Polonia a Japón, los

zares que habían rechazado a Europa cuando era la Cristiandad latina sintieron la necesidad de imitarla cuando dejó de serlo. **Pedro el Grande y Catalina** –admiradora de Voltaire y Diderot– copiaron las estructuras francesas, secularizaron a la clase dirigente y sometieron completamen-

El mapa esencial del alma rusa: cristianismo ortodoxo, sentido religioso de la vida, misticismo y conciencia mesiánica. Y también antagonismo con la Europa católica, absolutismo y cesaropapismo.

te a la iglesia al poder civil. Otros zares importaron el liberalismo y el romanticismo alemán. Parecía que consideraban a Rusia como un folio en blanco donde escribir cualquier cosa que viniera de Europa. El resultado fue –dijo Solyenitsin– «pisotear, a la manera de los bolcheviques, el espíritu histórico, la fe, el alma y las costumbres del pueblo ruso».

Cuando Chaadáyev denunció en 1829 que Rusia se había «aislado del movimiento universal de la humanidad», que «no somos ni de Occidente ni de Oriente» y que «no le hemos dado nada al mundo, no hemos contribuido en nada al progreso del espíritu humano», los intelectuales rusos se dividieron en dos bandos. Por un lado, los eslavófilos, que glorificaban los tradicionales hechos propios de Rusia con propuestas nacionalistas; por otro los occidentalistas, que veían en el iluminismo europeo la salvación de su país. Ambas facciones respiraban el resentimiento y el complejo de in-

ferioridad que se había instalado en las clases pensantes, de Rusia.

Bajo denominaciones geográficas se escondía en realidad el asalto de la Modernidad al alma rusa. Estaba pasando en Rusia lo mismo que en toda Europa: la Modernidad intentaba cambiar la cultura cristiana por sucedáneos ideológicos que funcionaban como religiones.

Dostoyevski perdió todos los complejos en sus nueve años de prisión y destierro en Siberia. Tenía muy claro que Rusia debía evitar la enfermedad de Europa: «el vínculo cristiano que hasta aquí los unió pierde fuerza de día en día. Ni siquiera la ciencia logra unir a los que cada vez se apartan más». El problema era que su país había renunciado a su tradición y se hacía una «alta representación de la jerarquía del europeo, a condición inexcusable de despreciarse a sí mismo en su calidad de ruso». Era imprescindible que Rusia recuperara «su capacidad de síntesis, de conciliación de contrarios, de universalidad humana», para ofrecer una palabra nueva al mundo y realizar su destino: «la idea unitaria en la Tierra, pero no mediante la espada, sino por el amor del poder fraternal».

Vladimir Soloviev continuó la resistencia frente a las ideologías que se desparramaban por los salones rusos. Como sabía que el rasgo esencial de Occidente era la irreligiosidad, lo hizo regresando al epicentro del alma rusa para purificarla de particularismos egoístas y cesaropapismos: «hablo de la nueva idolatría, la epidémica insensatez del nacionalismo que empuja a los pueblos a la adoración de su propia imagen en vez de al altísimo y universal Dios (...) este nuevo paganismo que de una nación hace una divinidad suprema; ese falso patriotismo que pretende colocarse en el lugar de la

religión», profetizaba el discípulo de Dostoyevski. La misión de Rusia no era la rusificación de las naciones, ni esparcir ideologías, ni predicar el cristianismo sin Cristo de Tolstoi, sino mostrar al mundo la imagen de la Santísima Trinidad en la plena armonía de iglesia, estado y sociedad.

Pero era tarde. **El chisporroteo de los sucedáneos religiosos liberales prendió la hoguera marxista de los bolcheviques.** Bajo el comunismo el alma rusa, cristiana y mesiánica, cambió la Tercera Roma por la Tercera Internacional. Con la desintegración de la URSS se pensó que quizás reapareciera esa alma. Pero el espectáculo que vemos hoy en la tierra de san Vladimiro es el triunfo del nacionalismo y la reducción de la religión a un adorno de la nacionalidad. El alma rusa vive, pero es cada vez menos alma y menos rusa.

La lógica interna de la Iglesia ortodoxa

Para la Iglesia ortodoxa, en realidad, es bastante común tender a identificarse con la propia comunidad étnica. Así pues, tenemos una Iglesia ortodoxa rusa, una rumana, y así con otras comunidades. En el momento en que Ucrania emprendió su camino hacia la independencia, se reforzó también la voluntad de que se reconociera su propia Iglesia nacional. Acertado o equivocado, esto es coherente con la lógica interna de la ortodoxia.

Marta Carletti Dell'Asta, investigadora de la *Fondazione Russia Cristiana* y directora de la revista *La Nuova Europa*.

Ucrania, la historia y la Iglesia

José Ignacio Orbe, hnssc

Según la visión de san Juan Pablo II, él también eslavo y víctima del nazismo y del comunismo, Ucrania tiene sentido como una especie de «puente» entre Oriente y Occidente, entre los dos pulmones con los que la Cristiandad debería aprender a respirar de nuevo.

NO es fácil ofrecer un perfil de la historia de la Iglesia en Ucrania, entre otras cosas porque el mismo perfil histórico de Ucrania es complejo y atormentado. No obstante, dado que Cristo mismo nos envió como «ovejas en medio de lobos» y para ser «luz del mundo» y «sal de la tierra», nos parece importante intentar explicar cuál ha sido y es el papel de la Iglesia de Cristo que camina, con sus pecados y su santidad, en esta tierra hoy atormentada por el segundo jinete del Apocalipsis.

Más allá del *limes romano*

Sabemos poco de los pueblos más allá de las fronteras del Imperio romano. La máxima expansión de éste fue con Trajano que pasó el Danubio para conquistar la Dacia –hoy Rumanía–. Los pueblos más allá no sobrepasaron la organización tribal, ni les llegó el mensaje cristiano, mientras no penetraron en las fronteras del Imperio. Hacia el siglo V al otro lado del Rin vivían los pueblos germanos. Entre el Vístula y el Dnieper se situarían los pueblos (proto)eslavos.

La intensa corriente migratoria que durante el siglo V hizo a los diversos pueblos germanos atravesar las fronteras del Imperio, primero a través de la asimilación y luego por la invasión –hasta la simbólica caída de Roma (476)– empujaría también a los pueblos eslavos en tres direcciones, constituyendo tres familias distintas: eslavos occidentales (presentes hoy en Polonia, República Checa y Eslovaquia), meridionales (Serbia, Croacia, Eslovenia, Bulgaria...) y orientales (en la Rusia, Bielorrusia y Ucrania de hoy).

Durante los siglos VI-VIII, los pueblos que se habían instalado en las tierras del antiguo Imperio Occidental fueron cristianizándose (los francos en el bautismo de Clodoveo en 496, los visigodos con la conversión de Recaredo en 589, los anglos por san Agustín de Canterbury en 597, los germanos con san Bonifacio en el 700, los sajones a partir del 750...). Entre los siglos VIII y IX los eslavos occidentales fueron misionados por franco-germanos, (la lengua de su liturgia será el latín), mientras que los **eslavos meridionales fueron evangelizados desde**



Constantinopla con los famosos santos Cirilo y Metodio (869), que adaptaron la liturgia al idioma eslavo.

¿Y qué ocurre con los eslavos orientales? La Rus de Kiev: el origen de todo (882-1237)

Oleg, un vikingo varego ya eslavizado lograría hacerse príncipe de Kiev estableciendo en torno a sí una serie de principados vasallos entre los pueblos eslavos vecinos hasta lograr un inmenso territorio: la Rus de Kiev (desde el Mar del Norte hasta el Mar Negro). Su sucesor san Vladimiro I, que llevó a su máximo esplendor la Rus, luchando contra jazaros y búlgaros, se convertiría al cristianismo en el año 988 estableciendo una alianza con el Imperio de Oriente. De hecho, se casaría con la hermana del emperador Basilio II y desde Constantinopla se mandarían misioneros que usaron los instrumentos lingüísticos, ya probados por Cirilo y Metodio, para la cristianización de la Rus.

No mucho después, en 1054, tras varios episodios de tensiones entre Roma y Constantinopla, ambos obispos se excomulgan mutuamente, produciéndose el gran cisma. Sin embargo, durante un tiempo pareciera que el metropolitano de Kiev y todas sus diócesis sufragáneas (en el territorio de la Rus) no se dieron por enterados o no quisieron definirse bajo obediencia romana o constantinopolitana. La intensa política matrimonial de Yaroslav I con las familias reales latinas parece confirmarlo. Se puede concluir que la Rus de Kiev fue cristianizada por la Iglesia católica, desde el foco de Constantinopla y por un tiempo no quedó definida una adhesión en bloque al cisma bizantino.

La Horda de Oro (1240-1480)

Los pueblos mongoles liderados por Batu Kan acabarían con la Rus de Kiev, invadiéndola entre 1237-1240. Este choque bélico y cultural redibujaría totalmente el mapa de

la zona. Como herederos de la Rus quedarían algunos de sus principados más importantes (Novgorod, Vladimir y Galitzia) ahora debilitados y vasallos de los mongoles. Por parte asiática se constituye un inmenso gobierno llamado la Horda de Oro que sería hegemónico desde 1240 hasta 1480.

En este tiempo el metropolitano de Kiev se trasladaría a Vladimir, y posteriormente a Moscú (pequeña ciudad de ese principado). En 1439 sin embargo, se da un acontecimiento eclesiástico de la máxima importancia. Ante el peligro musulmán el emperador de Constantinopla Juan VIII Paleólogo acude junto con el Patriarca y muchos obispos ortodoxos al concilio convocado por el papa Eugenio IV y que tendría lugar en Basilea, Ferrara y Florencia.

Un doble interés político y religioso deshace los problemas teológicos que dividían ambas Iglesias (Purgatorio, *filioque*, pan eucarístico y primado romano) proclamándose solemnemente la unidad. Sin embargo, esta unión sería problemática. Al volver el emperador a Constantinopla muchos obispos griegos se opusieron: deposiciones y nuevos nombramientos generarían una situación de doble Iglesia (uniatas y anti-unión). También en la antigua Rus ocurriría algo semejante. El metropolitano de Isidoro de Kiev (ahora en Moscú) también participó del Concilio siendo entusiasta partidario de la unión a Roma. Al volver, muchos de los antiguos principados aceptarían su proclamación de la unión, pero no Moscú, quien ya se postulaba como nuevo principado fuerte ante la Horda de Oro. Cuando en 1453 caiga Constantinopla en manos de los musulmanes, Moscú crecerá como potencia política rival, de tradición ortodoxa.



Edad Moderna: moscovitas, lituano-polacos y mongoles

En 1480 Iván el Grande, príncipe de Moscú, se rebela contra la Horda de Oro; ésta quedará dividida en cuatro kanatos (Kazán, Astracán, Siberia y Crimea). Por su parte, Lituania se anexiona antiguos principados de la Rus (actuales Bielorrusia y parte oeste de Ucrania, incluido Kiev).

Algo más adelante, Iván el Terrible, príncipe de Moscú, conquista los kanatos de Kazán, Astracán y Siberia convirtiendo su principado en un inmenso territorio ahora proclamado Zarato (1547-1721). El kanato de Crimea aún subsistirá un tiempo en el sur de Ucrania, como feudatario del Imperio otomano. Por su parte, Lituania y Polonia unidas en la República de las Dos Naciones tendrán durante mucho tiempo el control de las actuales Bielorrusia y la parte de Ucrania al oeste del Dnieper.

En este tiempo, a nivel eclesial ocurrirían dos importantes acontecimientos. La creación del Patriarcado de Moscú (1589) y la Unión de

Brest (1596). Con el primero Rusia bajo Iván el Terrible considera Moscú como la Tercera Roma, heredera del patriarcado eclesiástico y de la ortodoxia de Constantinopla separada de Roma. Con la segunda, las muchas diócesis de la antigua Rus, ahora bajo la República de las Dos Naciones, deciden unirse a Roma para no depender de Moscú. Así nace la Iglesia greco-católica rutenana, madre de dos Iglesias católicas orientales sui iuris actuales (la minoritaria bielorrusa y la muy numerosa ucraniana).

En este tiempo también tuvo lugar la experiencia del Hetmanato de los cosacos zaparogos, que como precedente mítico y romántico tiene mucha importancia en la justificación nacionalista de la actual Ucrania. Era éste un territorio en los límites de la República de las Dos Naciones en torno a la actual Zaporíyia. Allí los cosacos, ortodoxos no unidos y pueblos seminómadas se rebelaron contra la presión de los nobles católicos polacos al mando de Jeltmitskin. Por su parte, los rusos se apresuraron en apoyar la rebelión y firmaron un

tratado de colaboración en Peroyslav (1654), este Hetmanato a caballo entre Polonia y Rusia tendría por un tiempo una jerarquía ortodoxa dependiente de Constantinopla, hasta que en 1685 sus seis eparquías (diócesis) pasan a depender de Moscú con la consiguiente rusificación.

Bajo el Imperio ruso: siglos XVIII y XIX

Por su parte el Zarato Ruso no pararía de crecer y consolidarse, con la importante figura de Pedro el Grande (1721) y su sucesora Catalina II, quien en 1762 simplemente anexiona el Hetmanato cosaco además de sumar a su territorio la actual Bielorrusia (por el reparto de Polonia) y finalmente el Kanato de Crimea. Casi toda la actual Ucrania quedaría durante un siglo bajo el Imperio ruso que la consideraba como una especie de Nueva Rusia. Entonces se funda Sebastopol, de gran importancia estratégica y se hace una intensa rusificación de algunos territorios (en especial de Crimea).

Bajo el Imperio ruso la antigua Iglesia uniata (greco-católicos rusos) pasaría por periodos de relativa tolerancia, pero también por momentos de intensa persecución, dándose una vuelta de millones de fieles a la Ortodoxia dependiente de Moscú. Es difícil medir la fuerza de la Iglesia unida a Roma en este tiempo por su clandestinidad. Parece claro, sin embargo, que en Bielorrusia quedó muy disminuida; en Ucrania sin embargo tuvo más presencia, debido también a que una parte de ella pertenecía al Imperio austrohúngaro, donde se refugiaron y pervivieron gran número de uniatas.

Bajo la Unión Soviética, de 1917 a 1991

La primera guerra mundial, supuso un intenso cambio político a todo nivel. Recordemos que Rusia combatía en principio junto con los Imperios Centrales, pero que en 1917 la Revolución bolchevique toma el poder. Lenin, que había denunciado al Imperio como «cárcel de los pueblos» a él sometidos, vería como diversos pueblos aprovechan la circunstancia

para independizarse de Rusia. No obstante, tras vencer en la guerra civil contra los blancos, emprende una campaña de reconquista: las independencias de Georgia, Armenia o Azerbaiyán durarían sólo un año. Las de Lituania, Letonia o Estonia más o menos entre los años veinte y treinta. En cuanto a Ucrania, que también se proclamó República Popular Ucraniana (ya bajo el Imperio ruso había habido organizaciones secretas de nacionalismo ucraniano de tipo romántico e independentista) cual nuevo Hetmanato, fue sin embargo sometida por los soviéticos en 1921.

De 1921 a 1954 Ucrania estaría sometida a la URSS como República Socialista Soviética; es en este tiempo cuando tiene lugar el Holodomor, la hambruna provocada por Stalin con sus planes quinquenales que llevó a la muerte a millones de campesinos ucranianos. Aquella herida social es esencial para entender el actual nacionalismo ucraniano y su rechazo a Rusia.

En cuanto a la historia de la Iglesia, de nuevo, tras un tiempo de tolerancia para con los uniatas, los soviéticos, que dominaban convenientemente la jerarquía ortodoxa

moscovita, procedieron a revocar la Unión de Brest en favor del Patriarcado de Moscú (1946) y deportaron a numerosos obispos, sacerdotes y

La vitalidad de la Iglesia clandestina uniata bajo el comunismo fue sorprendente

laicos que no se avinieron a ello. La vitalidad de la Iglesia clandestina uniata bajo el comunismo fue sorprendente. Con sacramentos secretos –se consagraron hasta veinticinco obispos– se mantuvo muy pujante.

A partir de 1954, esta república satélite de Moscú extendería su territorio en la región de Galitzia, y en torno a Odesa. En 1991 recibiría, sorprendentemente, la península de Crimea de manos de Krushev.

La Iglesia en la Ucrania actual

Con lo que llegamos a la Ucrania actual. Ya a partir de 1989, cuando se veía el retroceso del comunismo, la



Iglesia greco-católica ucraniana exigió la devolución de las parroquias incautadas. Por fin en 1991, cuando la desintegración de la URSS por el tratado de Belavezha nacieron hasta 15 nuevos países, entre ellos Ucrania. El nuevo estado se mantendría durante un tiempo en la órbita de la nueva Rusia a través de organizaciones políticas como la CEI o militares como la OTSC. Aunque el nacionalismo ucraniano por su parte ha tendido en estos 30 años a alejarse de Rusia y acercarse a la Unión Europea.

Esta doble tendencia en país tan joven, el cual por partes ha pertenecido a Polonia durante dos siglos, y otros tantos a Rusia puede ser fuente de grandes tensiones, como hemos visto en los últimos años. Sin embargo, cuando **Juan Pablo II** viajó a Ucrania en 2001 quiso verlo de otra manera:

«La palabra Ucrania entraña una llamada a la grandeza de vuestra patria que, con su historia, testimonia su vocación singular de confín y puerta entre Oriente y Occidente. En el decurso de los siglos, este país ha sido encrucijada privilegiada de culturas diversas, punto de encuentro entre las riquezas espirituales de Oriente y Occidente. Hay en Ucrania una evidente vocación europea, subrayada también por las raíces cristianas de vuestra cultura. Mi deseo es que estas raíces fortalezcan vuestra unidad nacional, asegurando a las reformas que estáis llevando a cabo la savia vital de valores auténticos y comunes. Ojalá que esta tierra siga cumpliendo su noble misión».

Según la visión del gran papa santo, él también eslavo y víctima del nazismo y del comunismo, este país tiene sentido como una especie de «puente» entre Oriente y Occidente, entre los dos pulmones con los que la Cristiandad debería aprender a respirar de nuevo. Ucrania es una sociedad necesariamente diversa y que por ello debe continuamente buscar el camino de la reconciliación. Las palabras de Juan Pablo II leídas hoy suenan trágicas y proféticas: **sólo en la búsqueda de sentido trascendente en sus raíces cristianas podrá este pueblo encontrar la auténtica paz que nos da Cristo resucitado.**

En este tiempo la Iglesia greco-católica ucraniana está reorganizada. Un sínodo elige periódicamente su Arzobispo Mayor que debe ser confirmado por el Papa. Desde 2011 es Sviatoslav Shevchuk, joven obispo, muy activo en las redes sociales y con protagonismo importante en la comunicación de la guerra actual. En la actualidad pertenecen a esta Iglesia unos 7 millones de ucranianos (la mayor de las 24 iglesias católicas orientales *sui iuris*), en torno a 5 en el país y otros 2 emigrantes. Siendo un 9 % de la población total, junto a los católicos de obediencia romana suman el 10% de los ucranianos.



«Bienaventurada Virgen María, Nuestra Señora de Zarvaniza, te doy gracias por el don de encontrarme en la Rus de Kiev, desde la cual la luz del Evangelio se difundió por toda la región».

De la plegaria del papa Juan Pablo II a la Virgen de Zarvaniza. Iglesia greco-católica de San Nicolás, Kiev, (23/6/ 2001)

Estos son las «ovejas en medio de lobos» que tienen que ser la «sal» y la «luz» del mundo, el «fermento en la masa» que, en esta difícil situación, deben testimoniar a Cristo. Buscando como cristianos la unión con los hermanos separados, como ucranianos la reconciliación de sus diversas tradiciones, y como europeos, aprendiendo a respirar a través del doble pulmón de Europa. No es fácil esta misión. Oremos por nuestros hermanos en la fe para que cuenten con la gracia que viene del Cielo para su cumplimiento.

El fin del AEIOU. Preludio de la tragedia de Europa

Pau Rodríguez

Una monarquía danubiana, capaz de armonizar distintos pueblos, hubiera sido alternativa de pangermanismos, nacionalismos exclusivos y movimientos eslavófilos.

En el centenario del último emperador católico

La muerte de los emperadores de la Casa de Habsburgo muestra un ritual imponente.

El féretro llega a la cripta imperial del convento de los capuchinos de Viena, donde centenares de frailes con sus antorchas custodian los sepulcros imperiales. La puerta está cerrada. Un heraldo de armas, normalmente el gran chambelán del monarca, la golpea con una especie de bastón en nombre del difunto. El custodio de la puerta pregunta «¿quién solicita entrar?». Es entonces, cuando el maestro de ceremonias responde con el nombre del fallecido seguido de absolutamente todos los títulos – grandes y pequeños–: soy su Majestad Imperial de Austria, rey de Hungría... Del interior, una voz responde: «no le conocemos».

El heraldo insiste por segunda vez: soy el emperador, rey apostólico de Hungría, rey de Bohemia, gran príncipe de Transilvania, duque de Toscana y de Cracovia, duque de Lorena y Salzburgo...se interrumpe de nuevo: «no le conocemos».

El heraldo cae de rodillas y humildemente declara en nombre del difunto: «soy un pobre pecador que implora la misericordia de Dios». Las puertas de la cripta se abren.

El beato Carlos de Habsburgo, último emperador de Austria y rey apostólico de Hungría, no pudo recibir sepultura en la cripta de los capuchinos, sino que murió tras un duro exilio en la lejana isla de Madeira. Juan Pablo II lo calificó de amigo de la paz. Al cumplirse el centenario de su muerte el 1 de abril de 1922, se nos presenta la oportunidad de valorar cuáles fueron las consecuencias para Europa de la desaparición de la última monarquía católica.

A.E.I.O.U. La divisa de la Casa de Austria¹

La divisa dinástica AEIOU quedó ligada a la Casa Imperial de los Habsburgo. Su origen nos remonta

¹ M. A. Rodríguez de la Peña, *Imperio y sabiduría: Mecenazgo cultural e ideal imperial en la corte de los primeros Habsburgo* (1442-1519). Aforismos: instituciones, ideas, movimientos, 2020, nº2.



Inscripción en el castillo de Graz, 1453

al emperador Federico III. Su diario titulado *Notizbuch* redactado durante su peregrinación a Tierra Santa, es en el que aparece por vez primera el monograma AEIOU. El acrónimo junto a otros símbolos –el águila bicéfala– acabaron por simbolizar el dominio de Oriente y Occidente, es decir la vocación imperial del *dominium mundi*.

La divisa dinástica ha sido objeto de diversas interpretaciones. La más común tanto en latín como en alemán resaltan el universalismo habsbúrbico: *Alles Erdreich Ist Osterreich Untertan/Austri Ast Imperare Orbi Universo* («A Austria le pertenece gobernar el universo»). El significado último del monograma nunca ha sido unánime y se han presentado otras interpretaciones que matizan la importancia política de la monarquía austriaca. Los diversos significados del acrónimo nos pueden permitir la aproximación a la secular misión ejercida por la dinastía Habsburgo en la historia de la Cristiandad.

«Austria erit in orbe ultima». (Austria será la última del mundo)²

El Imperio Romano Cristiano

2 Seguimos *Cristiandad* (27), Mayo 1945, dedicado íntegramente a la desaparición del Sacro Imperio Romano Germánico.

surgido tras la colocación de la señal de la cruz y el crismón en el lábaro romano en tiempos de Constantino (313) y Teodosio (380), asumió su destino histórico portando el «*In hoc signum vinces*». Posteriormente, restaurado por Carlomagno (800) y transmitido a la nación germánica en el SIRG de los Otónidas (962), fue finalmente mantenido por la Casa de Austria (1272–1806). Muchas sombras rodearon al Sacro Imperio: cesaropapismo, simonía, la querrela de investiduras eclesiásticas o los enfrentamientos directos contra el Papado...sin embargo, la existencia del Imperio romano de Occidente había sido reconocido por el mundo cristiano y la teología de la historia como el obstáculo «lo que detiene» (*To Katejon*), el instrumento que impedía la manifestación y expansión del misterio de iniquidad en el mundo: la llegada del desorden y el caos, es decir, a la aparición de la anarquía final³.

El ataque a la Cristiandad debía de manifestarse contra las «dos Espadas» o «los dos Poderes», –en palabras de San Bernardo– los dos astros. El sol, el poder superior, o sea el espiritual: el Papado. La luna, el poder temporal, el Emperador. Las

3 Véase F. Canals, *Mundo histórico y Reino de Dios*. Ediciones Scire, 2005.

embestidas no tardaron en llegar. En 1328 cuando Ockham presentándose ante el emperador Luis de Baviera pronunció su sentencia «*Tu me defendas gladio, ego te defendam calamo*» (Si tú me defiendes con la espada, yo te defenderé con la pluma) marcó el inicio de la secularización del poder político. Ockham encerraba la autoridad de la Iglesia en el plano espiritual y religioso, el Imperio quedaba exento de la autoridad pontificia y libre para avanzar en su ensoberbecimiento. *Potestas* y *auctoritas* quedaban separadas, la brecha entre lo espiritual y lo temporal se inauguraba⁴.

A todo ello, el siglo XIV fortalecía políticamente la fórmula «*rex in regno suo est imperator*», creada por los juristas franceses de la segunda mitad del siglo XIII, que simboliza el ocaso de la institución imperial como foco de poder efectivo sobre el Occidente europeo. Pese a la pervivencia del ideal imperial en la mentalidad de la sociedad política bajomedieval, no cabe duda de que sus contenidos habían quedado un tanto vacíos hacia el año 1300, en favor del imparable ascenso de las monarquías nacionales.

Los albores de la Edad Moderna, reservaban para la Casa de Austria con Carlos V nuevas amenazas. Al ambiente paganizante del Renacimiento y el humanismo hubo de asumirse el embate de la revolución religiosa iniciada por Lutero. El Imperio sufrió un primer gran golpe en 1555 con la llamada Confesión de Augsburgo, que por vez primera proclamaba la libertad de cada príncipe para imponer las opiniones religiosas que le agraden («*cujus regio, ejus religio*»). La ruptura de la unidad cristiana había de consumarse en 1648 con la Paz de Westfalia. Casi la totalidad de un

4 Véase C. Valverde, *Génesis, estructura y crisis de la modernidad*. BAC, 1996.

siglo y medio (1517–1648) lidió la augustísima Casa de Austria –en sus ramas española y austriaca– por la defensa del orden cristiano cimentado en las dos potestades universales. El final de la Guerra de los Treinta Años y los Tratados de Westfalia marcaron el final de la unidad espiritual, el triunfo del absolutismo racionalista francés, la decadencia de los Habsburgo españoles y la fragmentación del Sacro Imperio en varios estados. La autoridad del Emperador había quedado en un plano nominal.

La Baja Edad Moderna, dominada por la política de Luis XIV destinada al envanecimiento de Francia merced a consumir la ruina de la Casa de Austria, provocada por el cambio dinástico en España con el advenimiento de la Casa de Borbón (1700-1714) y el perseverante ataque

El Imperio sufrió un primer gran golpe en 1555 con la llamada Confesión de Augsburgo, que por vez primera proclama la libertad de cada príncipe para imponer las opiniones religiosas que le agraden

contra el Sacro Imperio en tres direcciones: el fomento de Prusia como estado alemán alternativo a Austria –caro lo había de pagar Francia en el futuro–, la recurrente alianza con el Turco para amenazar las puertas de Viena (1683) y el impulso a las disensiones interiores de unos estados alemanes contra otros. El siglo XVIII consumaba la pujanza de Prusia y la ficción del poder imperial. La Prusia de Federico II el Grande, «el rey masón e ilustrado», parecía destinada a reemplazar a Austria, los Hohen-



El emperador Carlos V coronado por el papa Clemente VII

zollern no habían de tardar en usurpar el liderazgo de los Habsburgo. El relevo definitivo del nuevo Imperio alemán evangélico y la desaparición definitiva del Sacro Imperio Romano Germánico se presentía inminente.

Lo que no lograron ni Lutero, ni el Turco, ni siquiera Luis XIV ni Richelieu, se consumaba con la Revolución francesa exportada por Napoleón. En 1806, tras la paz de Presburgo (1805), Francisco II, vencido, renuncia al título de Sacro Emperador Romano-Germánico. La milenaria institución imperial queda, por tanto, disuelta con la clara intención de impedir que Napoleón Bonaparte se apropiara del título y la legitimidad histórica que éste conllevaba. El último Sacro Emperador declaraba: «deponemos la corona y el gobierno imperial que hasta ahora habíamos tenido, [...] desatamos a los príncipes electores, príncipes y estamentos y a todos los que pertenecieron al Imperio, de los deberes con que hasta ahora estaban atados a nosotros como a legal jefe supremo del Impe-

rio»⁵. Circunscrito a sus territorios patrimoniales Francisco I –ya con la numeración propia de emperador de Austria– finalizaba su histórica e inadvertida declaración comprometiéndose a llevar nuevas relaciones pacíficas restablecidas, con todas las potencias y estados vecinos. Austria había quedado como la última superviviente del mundo cristiano.

«Austria est imperare orbi universo». (A Austria le pertenece gobernar el universo)

Napoleón había logrado usurpar y corromper la dignidad imperial romana. Tanto su victoria como su final había relegado al papel de Confederación (del Rin o Germánica) al mundo alemán. El romanticismo teutónico había de ser capaz de cristalizar en un movimiento nacionalista irresistible: primero estableciendo el Zollverein, una unión aduanera que consagraba en lo material la futura unidad de los pueblos germáni-

5 J.B. Weiss, *Historia universal*. Vol. XXIII. Barcelona, 1933.

cos. En segundo lugar, causando la futura unificación. Únicamente Prusia, estado alemán más pujante, podía liderar la revolución nacionalista con su abstracta invención romántica del *volkgeist* alemán.

Austria debía quedar excluida. Su presencia representaba, aunque fuera remotamente, la posibilidad de restaurar el Sacro Imperio. Mientras subsistieran los Habsburgo, el ideal de la *Universitas Christiana* era una posibilidad. La batalla de Sadowa (1861) relegaba a Austria, olvidando su herencia y otorgaba definitiva hegemonía a Prusia en el proceso de la unificación alemana. Bismarck completó la nueva investidura imperial. En 1870, en Versalles, Prusia con su káiser Guillermo borraba las ínfulas napoleónicas y se arrogaba poseedor de una nueva corona imperial⁶.

«Austria est imperium optime unita». (Austria es el imperio mejor unido)

A pesar de los reveses del siglo XIX, Austria subsistía como cabeza del segundo imperio en extensión de toda Europa. Se podría decir, que su evolución coincidiría con aquel otro dicho: «*Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube!*» («Que otros hagan la guerra, ¡tú, feliz Austria, cástate!»). Su naturaleza dual adquirida en 1867 con el compromiso austrohúngaro, su composición formada por húngaros, italianos, magiares, rumanos y, sobre todo, eslavos... la convertían en una auténtica monarquía plural. Los emperadores de Austria y Reyes Apostólicos de Hungría poseían grandes extensiones de Polonia, de

Transilvania, de Croacia, de Eslovenia, la Iliria y parte notable e ilustre de Italia: nada menos que la Lombardía, y aun cuando relativamente durante menos tiempo, Venecia. Aparte de tener, de hecho, enfeudados bajo su influencia, la Toscana y otros estados menores hasta lindar con los Estados Pontificios. Joseph Roth lo expresaba magníficamente:

«En esta monarquía [...] nada es extraño. [...] Quiero decir con esto que lo que se dice extraño es lo natural para Austria-Hungría, es decir, que solamente a la loca Europa de las nacionalidades y los nacionalismos le parece extraña la evidencia. Naturalmente son los eslovenos, los polacos y los rutenos de Galitzia, los judíos de Kaftán de Boryslao, los comerciantes de caballos de Bacská, los mahometanos de Sarajevo, los castañeros de Mostar, los que cantan “Dios guarde al Emperador” [...]. Austria se hundirá señores, la esencia de Austria no es el centro sino la periferia. La esencia de Austria se nutrirá y se completará siempre con las comarcas del reino...».⁷

Era la monarquía danubiana, una especie de Europa en miniatura, el gran estado imperial de Austria, había heredado el prestigio del Sacro Imperio y abrazaba media docena de naciones. Durante el XIX, la Monarquía dual sufría internamente una suerte de suicidio espiritual que pretendía negar y destruir todo lo que había constituido la grandeza de la Monarquía de los Habsburgo. El proceso de liberalización produjo la aparición de dos alternativas a la tradición espiritual que había hecho del ideal religioso y de la protección de la cultura católica universal bandera de la Monarquía. Por un lado, las presiones de los pangermanistas (con

sus ideas antisemitas, anticatólicas y su veneración a la raza nórdica) aspiraba a la disolución de Austria y las comunidades germánicas, en el nuevo estado-nación alemán, por el otro los paneslavismos nacionalistas que en conversaciones con la izquierda francesa y francmasónica aspiraban a crear un rosario de pequeños estados independientes radicalmente antigermánicos para rodear y contener a Alemania.

La diplomacia austro-húngara cometería dos errores a finales del XIX:

En la monarquía danubiana, una especie de Europa en miniatura, el gran estado imperial de Austria, había heredado el prestigio del Sacro Imperio y abrazaba media docena de naciones

el primero en 1873: Francisco José sellaba la reconciliación entre los Habsburgo y los Hohenzollern con la conocida «alianza de los tres emperadores» que incluía a Alemania, Austria-Hungría y Rusia. Esta liga, pretendía crear un frente común de oposición a las formas de gobierno de corte liberal imperantes en los países del occidente europeo. Sin embargo, otorgó definitivamente el papel de segundón a la monarquía danubiana cediendo toda la iniciativa diplomática a Alemania. El segundo, la intransigencia por las ambiciones sobre los Balcanes y sus presiones sobre el Imperio otomano que provocaron la defección rusa y el acercamiento de Francia y Rusia, pese a sus regímenes políticos tan diferentes: pactaron formalmente la Alianza franco-rusa. La disolución austro-húngara ya empezaba a gestarse, las potencias

6 Alemania y la Europa central. EN C. Dawson, *Hacia la comprensión de Europa*, Ediciones Encuentro, 2021, p. 89-109.

7 J. Roth, *La cripta de los capuchinos*. Ediciones Cátedra, 2020.



GRUPOS LINGÜÍSTICOS EN AUSTRIA-HUNGRÍA EN 1910

Era el nuevo estado de los alemanes de Austria, reducido al valle medio del Danubio y los países alpinos, su única suerte ser casi homogénea desde la óptica lingüística, cultural y religiosa. Hungría proclamó su independencia y formó una república perdiendo más de la mitad de su territorio: Eslovaquia y Rutenia, se unirían a Bohemia y Moravia, que quedó en manos de un nuevo estado: Checoslovaquia. La nueva república formada por checos y eslovacos se convertía en una Austria-Hungría en pequeño. Cercanos en la lengua, pero sin lazos históricos comunes, constituían un estado artificial.

Croacia y Bosnia pasarían al «Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos», futura Yugoslavia (heredero de la antigua Serbia). El nuevo estado de Yugoslavia pretendía armonizar a naciones con historias, religiones y culturas diferentes cuando no opuestas. La naciente Polonia se anexionaba Cracovia. Transilvania, pasaba a formar parte de Rumanía y el Trentino se incorporaba a Italia. Finalmente, los rutenos de Galitzia y territorios de Ucrania occidental (hasta el río Zbruch) de tradición católica o greco-católicos quedaron bajo soberanía polaca.

La destrucción de la monarquía danubiana provocó que Europa central sea actualmente un recuerdo netamente geográfico y haya sido reemplazado por el concepto de Europa del Este. La tesis oficial que impusieron los vencedores, del principio de las nacionalidades fue que Austria-Hungría había esclavizado a los pueblos de la Europa central y esa prisión había caído con la desaparición de los Habsburgo y los procesos de emancipación. Frente a esta interpretación clásica se añade: la de la disolución o la de la destrucción en la que la historiografía afir-

liberales europeas creyeron que una multitud de estados burgueses desprendidos de la Monarquía frenarían el expansionismo alemán pangermánico y sujetarían el paneslavismo ruso, así como la posterior revolución comunista.

Tras el atentado de Sarajevo el conflicto se generalizó, a pesar de parecer en un inicio una disputa de ámbito limitado a los Balcanes y de naturaleza imperialista que no afectaría al equilibrio europeo. Con todo, el estadillo de la primera guerra mundial y la implicación de las potencias europeas transformó el sentido de la guerra volviéndose ideológica. La Triple Entente afirmaba defender la libertad de los pueblos oprimidos por los monarcas tiranos representados por los Imperios centrales. El expansionismo alemán era temido y por ello el imperio y la monarquía prusiana fueron aniquiladas y transformadas en la república de Weimar. Sin embargo, la desgracia de Austria-Hungría fue total. No se trató del fin únicamente de los Habsburgo sino de la disolución total de la monarquía danubiana.

Austria-Hungría significaba para la Entente, no solo los aliados

del expansionismo alemán, sino la subsistencia de acusaciones más profundas: era una potencia católica, incluso clerical, la vinculación de los Habsburgo a la religión era inmemorial. Además, Austria-Hungría no era una república y lo que era peor aún, no era un estado-nación. Había que republicanizar y «extirpar de Europa los últimos vestigios del clericalismo y del monarquismo».

«Austria Europae Imago onus unio». Austria es la imagen de la unidad de Europa

Así se consumó la destrucción de Austria-Hungría y tragedia de Europa. Mientras el final de la primera guerra mundial se aproximaba, Carlos I dramáticamente intentaba abogar por la paz, salvar la Monarquía sin traicionar a Berlín, y promover reformas que actualizaran su estructura plural para dar más amplitud a sus pueblos buscando una federación. Todo estaba decidido. ¡Ya era imposible detener la disolución!

Austria se convertía en una república, una suerte de nueva Baviera.



«Desde el principio, el emperador Carlos concibió su cargo de soberano como un servicio santo a su pueblo. Su principal aspiración fue seguir la vocación del cristiano a la santidad también en su actividad política».

Juan Pablo II, misa de beatificación del emperador Carlos de Austria (3/10/2004)

ma que Austria-Hungría no estalló, la habrían hecho estallar.⁸ Tras su destrucción en 1918 tres combinaciones han intentado ser alternativa para la Europa central:⁹

1) El triunfo de las nacionalidades (1918-1939)

La creación de los estados sucesores, amparados por el principio de

8 Véase las obras: L. Valiani, *La dissoluzione dell'austria-ungheria Editrice: Il Saggiatore*, 1984. F. Fejtő, *Réquiem por un Imperio difunto. La destrucción de Austria-Hungría*. Ediciones Encuentro, 2015.

9 J. Bérenguer, *El Imperio de los Habsburgo*, 1273-1918, Editorial Crítica, p. 628-629

las nacionalidades. Pretendieron ser estados-nación de creación burguesa que con una identidad definida pudieran ser cordón defensivo ante los imperialismos ruso y alemán. Ello creó diversas Austria-Hungría de tamaño más pequeño. Las fronteras y sus identidades nacionales recién creadas fueron tan artificiales que agravaron e inflamaron el odio nacionalista. Alemanes de Bohemia, húngaros de Eslovaquia o de Transilvania... fueron minorías que no pudieron disponer de su propio futuro.

2) La expansión alemana del III Reich (1939-1945)

Triunfaba el pangermanismo,

Alemania afirmaba ser protectora de las minorías germánicas repartidas fuera de la República de Weimar: el Anschluss austriaco, la ocupación de los Sudetes, la ocupación de Polonia, Eslovaquia y Rumanía reducidas a satélites, la cercanía a Hungría... triunfaba el nacionalsocialismo de Hitler, que ni era el austero espíritu aristocrático prusiano, ni recuerdo del viejo imperio católico supranacional austríaco.

3) La solución soviética (1945-1989).

La victoria soviética de la segunda guerra mundial, restauró los estados-nación. Aparentemente autónomos, fueron integrados en el Pacto de Varsovia –menos Austria, en condición de neutral– se cumplía el sueño ruso: el paneslavismo. Stalin y su imperio ruso de repúblicas populares avanzaron y ocuparon Europa del Este, creando un cinturón defensivo.

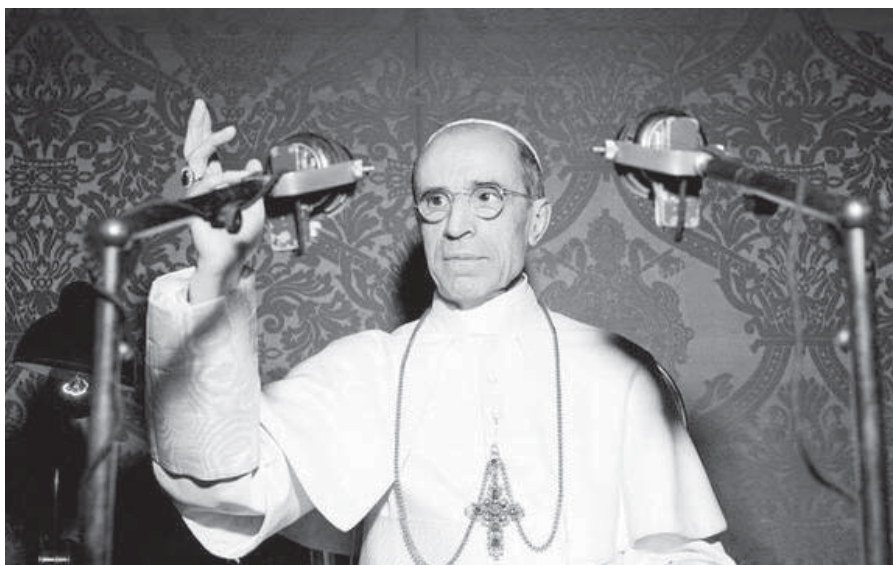
Caída la URSS, con su imposibilidad de controlar el bastión de la Europa del Este, hemos asistido al intento de encaminar las naciones liberadas del comunismo hacia una Unión Europea de mucho mercado y pocas raíces.

La muerte del Imperio austro-húngaro planteó más problemas de los que había resuelto. Una potencia danubiana, a modo de gran federación, capaz de armonizar distintos pueblos, hubiera sido alternativa de pangermanismos, nacionalismos exclusivos y movimientos eslavófilos. Una monarquía danubiana irremplazable para el equilibrio europeo. Esa fue la propuesta del que fuera conocido como *Emperador del pueblo*, el beato Carlos I de Austria y IV de Hungría.

Pío XII. Textos para una paz justa, honrosa y duradera

Francesc M^a Manresa i Lamarca

Es conveniente recordar en estos momentos el magisterio pontificio sobre la paz y los fundamentos de la convivencia, gran tesoro del magisterio moderno de los papas. En este artículo se expone el magisterio de Pío XII al respecto.



A los seis meses de ser elevado al pontificado y mientras redactaba su primera encíclica¹, al Santo Padre Pío XII le sorprendió la noticia de la invasión de Polonia por el ejército de Hitler. Se desencadenó en aquel momento «el terrible incendio de la guerra» que tanto haría sufrir al mundo entero durante seis años y que lo dejó dividido en dos partes,

1 Pío XII, *Summi Pontificatus*, 16.

bajo una tensión global instalada por muchos más años. Ese fue el panorama que acompañó todo el pontificado de Pío XII y aquellos años fueron testigo de los desvelos del Santo Padre en pos de la paz y un nuevo orden que pudiera garantizarla y bajo el cual se encaminaran las sociedades a la perfección y la felicidad de sus gentes.

Aquellas enseñanzas sobre las causas de los acontecimientos, los fundamentos de la paz, las bases

para un orden justo y el papel de la Iglesia en la causa de la paz pueden seguirse a lo largo de todo el pontificado de Pío XII. No obstante, de manera especial las encontramos en las **alocuciones navideñas**, momento oportuno para recordar de nuevo a todo el mundo que en Belén había nacido el «*Princeps pacis*», «el Hijo eterno de Dios hecho hombre [...] Príncipe y fundador de la paz, [cuya] alta misión divina es la de establecer la paz entre cada uno de los hombres y Dios, entre los hombres mismos y entre los pueblos»².

El recuerdo de algunas de aquellas enseñanzas puede darnos luz y esperanza ante la situación actual que vivimos.

¿Qué ha sucedido?

No estamos en 1939, han pasado más de ochenta años, pero mucho menos ahora podemos evadirnos de la experiencia «de lo que ha sucedido, y sigue sucediendo, cuando la incredulidad religiosa, excluye a Cristo de la vida moderna, y especialmente de la pública. De aquí se sigue que todas las normas y principios morales según los cuales eran juzgadas en otros tiempos las acciones de la vida privada y de la vida pública, hayan caído en desuso, y se sigue también que donde el Estado se ajusta por completo a los prejuicios del llamado laicismo [...] y donde el laicismo logra abstraer al hombre, a la familia y al Estado del influjo benéfico y regenerador de Dios y de la Iglesia, aparezcan señales cada vez más evidentes y terribles de la corruptora falsedad del viejo paganismo. [...] Alardeaban de un progreso en todos los campos, siendo así que retrocedían a cosas peores; pensaban ele-

vase a las más altas cimas, siendo así que se apartaban de su propia dignidad; afirmaban que este siglo nuestro había de traer una perfecta madurez, mientras estaban volviendo precisamente a la antigua esclavitud.»³

He ahí el origen de tanta desgracia que, entonces y hoy, «de la relajación de las costumbres ha pasado al debilitamiento y a la abierta negación de verdades y de fuerzas destinadas a iluminar las inteligencias acerca del bien y el mal, a vigorizar la vida familiar, la vida privada, la vida estatal y pública. Una anemia religiosa, cual contagio que se propaga, ha atacado así a muchos pueblos de Europa y del mundo y ha provocado en las almas tal vacío moral, que ninguna ideología religiosa o mitología nacional e internacional es capaz de llenarlo [...]

No en vano citaba ya en 1939 Pío XII al profeta Jeremías: «Esperábamos paz, todo son infortunios; y a la hora del alivio sólo se presenta la angustia» (Jer 14, 19)

¿qué se ha hecho sino arrancar de los corazones de los hombres, desde la infancia hasta la vejez, la fe en Dios, Creador y Padre de todos, remunerador del bien y castigador del mal, desnaturalizando la educación y la instrucción, combatiendo y oprimiendo con todas las artes y medios, con la difusión de la palabra y de la prensa, con el abuso de la ciencia y del poder, la religión y la Iglesia de Cristo?»⁴

No en vano Pío XII citaba en 1939 al profeta Jeremías: «Esperábamos

paz, todo son infortunios; y a la hora del alivio sólo se presenta la angustia» (Jer 14, 19).

Principios para la paz

En la alocución de 1939, apenas cuatro meses después de iniciarse la contienda, el Santo Padre proponía que todo aquello que se construyera para mantener la paz entre las naciones debiera estar imbuido «de aquella hambre y sed de justicia que es proclamada como bienaventuranza en el Sermón de la Montaña, y que tiene como condición natural previa la justicia moral».⁵

De sorprendente actualidad es uno de aquellos «presupuestos indispensables»: el de «la victoria sobre el odio, que hoy divide a los pueblos. Y es que sigue siendo válido también para hoy «este nuevo orden que todos los pueblos anhelan ver realizado después de las pruebas y ruinas de esta guerra, [y que] ha de alzarse sobre la roca indestructible e inmutable de la ley moral, manifestada por el mismo Creador mediante el orden natural y esculpida por El en los corazones de los hombres con caracteres indelebles».⁶

El Santo Padre Pío XII temía –fundadamente– una reconstrucción de las sociedades sobre los mismos principios que habían llevado a su destrucción mediante aquella lucha fratricida, fuera por una participación aversa, por una inclinación desencaminada o por un inconsciente optimismo.⁷

No se le ocultaban tampoco al Santo Padre la abrumadora cantidad

5 Cf. Pío XII, Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1939.

6 Pío XII, Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1941, 17.

7 Cf. Pío XII, Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1940, 9.

2 Pío XII, Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1951.

3 Pío XII, *Summi Pontificatus*. 23 y 24.

4 Pío XII, Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1941, 7.

de obstáculos para alcanzar entonces aquella paz internacional. Tampoco se nos escapan hoy muchos de los que pudieran aducirse, entre otras cosas porque «las relaciones internacionales y el orden interno están íntimamente unidos, porque el equilibrio y la armonía entre las naciones dependen del equilibrio interno y de la madurez interior de cada uno de los estados en el campo material, social e intelectual. Ni es posible realizar un sólido e imperturbado frente de paz en el exterior sin un frente de paz en el interior que inspire confianza».⁸

Solo «la reverencia a la realeza de Cristo, el reconocimiento de los derechos de su regia potestad y el procurar la vuelta de los particulares y de toda la sociedad humana a la ley de su verdad y de su amor, son los únicos medios que pueden hacer volver a los hombres al camino de la salvación».⁹

Bases para un nuevo orden

En los años de guerra abierta, los mensajes del Santo Padre contenían además una llamada a las conciencias y las inteligencias de aquellos que regirían los destinos de las naciones después de la guerra. Sin dejar de apelar al tiempo que sería necesario para sanar tanto daño material y moral, y los esfuerzos para sanar tantísimas heridas, en todos aquellos documentos hallamos descritas tanto los puntos fundamentales para alcanzar una paz justa y honrosa¹⁰ como las bases para una nueva ordenación de las naciones y de la sociedad de las naciones. Entre ellos, hay textos orientados a la superación del conflicto, a la observancia

de los pactos, a la solución de los problemas germinales (sociales, obreros, etc...) y también sobre planteamientos fundamentales como la persona, la familia, la unidad social, el trabajo o la concepción cristiana del estado, con una larga y especial exposición sobre los peligros de la democracia¹¹.

Tomando uno de aquellos textos podemos resumir que «en el campo de un nuevo orden fundado sobre los principios morales: 1º) no hay lugar para la lesión de la libertad, de la integridad y de la seguridad de otras naciones, cualquiera que sea su extensión territorial o su capacidad defensiva; [...] 2º) no hay lugar para la opresión abierta o encubierta de las peculiaridades culturales y lingüísticas de las minorías nacionales, para la obstaculización o reducción de su propia capacidad económica, para la limitación o abolición de su natural fecundidad; [...] 3º) no hay lugar para los estrechos cálculos egoístas, que tienden a acaparar para sí las fuentes económicas y las materias de uso común; de forma que las naciones menos favorecidas por la naturaleza queden excluidas; [...] 4º) no hay lugar para una guerra total ni para una desenfrenada carrera de armamentos. [...] Después, conforme a la medida en que se realice el desarme, habrán de establecerse medios apropiados, honrosos para todos y eficaces, para devolver a la norma *«pacta sunt servanda»*, «los pactos deben ser observados», la función vital y moral que le corresponde en las relaciones jurídicas entre los estados; [...] 5º) no hay lugar para la persecución de la religión y de la Iglesia. [...] Porque, mientras la incredulidad que se enfrenta con Dios, ordenador del universo, es el más peligroso enemigo de

un justo orden nuevo, todo hombre, en cambio, que cree en Dios, es un poderoso defensor y paladín de ese orden. Quien tiene fe en Cristo, en su divinidad, en su ley, en su obra de amor y de hermandad entre los hombres, aportará elementos particularmente preciosos para la reconstrucción social...»¹²

El papel de la Iglesia en la causa de la paz

«La Iglesia, efectivamente, ha sido fundada por Cristo como sociedad visible, y, como tal, se encuentra con los estados en el mismo territorio, abraza con su solicitud a los mismos hombres, y en múltiples formas y bajo varios aspectos usa de los mismos bienes y de las mismas instituciones»¹³ y «con ellas, como ordenación de paz, Jesucristo, Príncipe de la paz, [...] ha establecido una nueva e íntima relación de elevación y confirmación vital [...] que realiza mediante el continuo, iluminador y reconfortante influjo de la gracia de Cristo en la inteligencia y en la voluntad de los ciudadanos y de sus jefes; de modo que ellos reconocan e intenten los fines asignados por el Creador en todos los campos de la convivencia humana, se esfuercen por dirigir hacia esos fines la colaboración de los individuos y de los pueblos».¹⁴

Porque ésta es en esencia la verdadera aportación de la Iglesia a la causa de la paz y no la exigencia tanto de una falsa neutralidad como la de una beligerancia partidista que políticos y, aun hombres de Iglesia, intentasen

8 Pío XII, Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1942, 4.

9 Pío XII, *Summi Pontificatus*, 15.

10 Cf. Pío XII, Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1939, 14.

11 Pío XII, Radiomensaje *«Benignitas et humanitas»* en la víspera de Navidad de 1944.

12 Pío XII, Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1941, 17-25.

13 Pío XII, Radiomensaje de la Navidad de 1951, p. 5. Ediciones Cristiandad. 1952.

14 Íbidem., p. 6.

hacer de la Esposa de Cristo atacando de este modo la esencia misma de la Iglesia y dañando su misma vida.¹⁵

Porque si bien «Dios no es nunca neutral respecto a los acontecimientos humanos ni ante el curso de la historia [...] tampoco puede serlo su Iglesia», «ni puede olvidar [...] que su cualidad de representante de Dios sobre la tierra no le permite permanecer indiferente, ni un solo instante entre el bien y el mal en las cosas humanas», como tampoco puede juzgar con criterios exclusivamente políticos ni puede ligar los intereses de la religión a orientaciones determinadas por motivos puramente políticos ni exponerse al peligro de que se dude fundadamente de su carácter religioso.¹⁶

¿Y nosotros, los cristianos?

En primer lugar podemos leer la alerta del Papa sobre el verdadero seguidor de Cristo y el que no lo es: el primero «seguro como está de la promesa de Dios y del triunfo final de Cristo sobre sus enemigos y los de su

Reino, se siente interiormente robustecido contra las desilusiones y fracasos, derrotas y humillaciones, y puede comunicar igual confianza a todos aquellos a quienes se acerca en su ministerio apostólico, convirtiéndose de esta manera en su baluarte espiritual, mientras da ánimo y ejemplo a cuantos se hallan tentados a ceder o a desanimarse frente al número y la potencia de los adversarios.

[En cambio] entre los cristianos no faltan algunos que [...] van perdiendo aquel vigor espiritual, aquella alegría y seguridad —así en la práctica interior de la fe como en la profesión pública de ésta— sin las que no puede sostenerse ni durar largo tiempo un verdadero y vital *sentire cum Ecclesia*. Los veis quizás a veces, aun sin que ellos lo adviertan, caer víctimas y hacerse intermediarios de concepciones y teorías, de pensamientos y prejuicios que, nacidos en círculos extraños y hostiles al cristianismo, vienen a acechar a las almas de los creyentes. [...]».¹⁷

Para concluir, en aquella primera encíclica escrita en los albores de la

guerra, recordemos aquellas exhortaciones tan válidas para entonces como para este tiempo nuestro. En primer lugar, sobre el ejercicio de la caridad en la que invita a «esforzarse por que todos, y principalmente los que sufren la calamidad de la guerra, experimenten que el deber de la caridad cristiana, quicio fundamental del Reino de Cristo, no es palabra vacía, sino práctica realidad viviente.»¹⁸

Y finalmente exhortando a los hermanos a la oración y a la penitencia: «Orad, pues, a Dios, venerables hermanos; orad sin interrupción, orad sobre todo cuando ofrecéis la Hostia divina del amor. (...) Y con un recto espíritu de mortificación y con el ejercicio de dignas obras de penitencia, no dejéis de hacer vuestras plegarias más agradables a aquel que levanta a los que caen y anima a los deprimidos (Sal 144,14), para que el Redentor misericordioso abrevie los días de la prueba y se cumplan así las palabras del salmo: Clamaron al Señor en sus tribulaciones y los libró de sus necesidades (Sal 106,13)».¹⁹

15 Íbidem, p. 2.

16 Cf. Íbidem, p. 3.

17 Cf. Pío XII, Radiomensaje de la Navidad de 1940, 8 y 9.

18 Pío XII, *Summi Pontificatus*, 76.

19 Íbidem, 79 y 80.

¿Guerra en el siglo XXI?

El imaginario europeo posterior a 1945 estaba dominado por una antropología optimista, el irenismo, que implicaba la convicción, basada en este optimismo, de que el desarrollo económico y la prosperidad eliminarían las causas de los conflictos, de que la memoria del pasado neutralizaría el deseo de recurrir a las armas. Y que a la larga, como pretendían Marx y Engels, la política no sería más que la gestión del bienestar cotidiano. Desde este punto de vista, los propios liberales eran marxistas sin saberlo. Toda esta panoplia de presupuestos, que confundía la realidad con el deseo, ignoraba la naturaleza humana, de la que hay buenas razones para pensar mal...

Robert Redecker, *Le Figaro*

El Holodomor

Josep Miró Escolà

El Holodomor fue la Gran Hambruna de la década de 1930, en la que hasta cuatro millones de ucranianos murieron de hambre durante la colectivización forzosa de las granjas por parte de Iósif Stalin



Memorial del Holodomor en Lavrskaya. Kiev

EL objetivo de este artículo es abordar uno de los genocidios más importantes del siglo XXI, el Holodomor¹. Este es uno de los episodios más oscuros de Europa, en el que entre 1932-1933 millones de personas murieron de hambre. Para poder entender por qué se llegó a producir este hecho, es importante contextualizarlo históricamente y conocer qué es Ucrania.

Ucrania es una nación tardía que debido a su ausencia de fronteras tardó en establecer un estado soberano hasta la Edad Media, de hecho

¹ En ucraniano significa literalmente: «matar de hambre».

no hay conciencia de existencia de la lengua ucraniana hasta finales de este período. Una entidad ucraniana como estado soberano solo existió con la Rus de Kiev, una federación de tribus eslavas que son consideradas el origen de Rusia. Después Ucrania pasó a formar parte de otras entidades como el reino de Polonia, el gran ducado de Lituania y finalmente el Imperio ruso.

A finales del siglo XIX la situación en Ucrania era compleja, en las zonas rurales predominaba el ucraniano como lengua y en cambio en las ciudades lo hacía el ruso. La diferencia era tal, que en la práctica las ciudades

eran similares a enclaves coloniales rusos situados en medio de territorio ucraniano. Para el Imperio ruso Ucrania siempre fue un territorio más del imperio sin ninguna peculiaridad, apodada como la pequeña Rusia.

El nacionalismo cultural ucraniano nació en el siglo XIX a manos de intelectuales como **Tarás Schevenko**, quien fue el primero en expresar la idea de una Ucrania independiente y soberana. **El nacionalismo cultural era un movimiento principalmente urbano, donde estaban los centros intelectuales de la época y no llegó a conectar con la población rural ucraniana.**

Con esta situación se llega al 22 de enero de 1918. Aprovechando la caída de los zares y la Revolución rusa, los nacionalistas ucranianos impulsaron un Estado independiente dirigido desde la Rada Central, ubicada en Kiev. Este Estado tuvo el reconocimiento de todas las potencias centrales y de la recién creada Unión Soviética, dirigida en ese momento por Lenin. Pero debido a la falta de conexión con las zonas rurales no llegó a controlar de forma efectiva toda Ucrania. En éstas se instauraron zonas autogobernadas por los mismos campesinos, anarquistas y bandidos locales. El exponente más importante fue **Néstor Majno**, quien creó un ejército de campesinos denominado **Ejército negro**. En los dos años siguientes la situación fue caótica, ya que se vio afectada por la Guerra civil rusa al entrar el Ejército Rojo y el Ejército blanco de Denikin. Finalmente, **tras una invasión de Ucrania por parte del ejército alemán, la URSS lo vio como una excusa para poder invadir la nación e instaurar una república soviética bajo el control de Moscú en 1920.** Entre 1920 y 1922, Ucrania gozó de una paz inestable

debido a el constante levantamiento de las zonas rurales con un marcado carácter antibolchevique, lo que dificultó mucho el control efectivo de Ucrania. **No fue hasta 1922 que Moscú consiguió el control real de todo el territorio. De esta etapa Lenin dijo que «ignorar el sentimiento nacionalista existente en Ucrania sería un error grave y peligroso».**

A partir de 1921, la Unión soviética y también Ucrania sufrieron una gran escasez de alimentos. La situación era crítica debido a las distintas guerras que asolaron la URSS: la primera guerra mundial, la Guerra civil rusa y los constantes levantamientos habían hecho que la población disponible para trabajar el campo fuera

Entre 1922 y 1930 empezó la llamada deskulakización de las zonas rurales. Kulak fue la palabra usada por los bolcheviques para denominar a aquellos campesinos que eran los beneficiarios del capitalismo

mucho menor. Esto, sumado a los incesantes intentos por parte del Estado para controlar la producción de grano haciendo requisas alrededor de toda la Unión Soviética, hizo que el primer intento de instaurar una economía de Estado fracasara. Como resultado, el hambre se expandió por todo país y fue necesario pedir ayuda internacional para así evitar más muertos.

Gracias a la ayuda internacional, el problema del hambre se pudo solventar, pero Lenin tuvo que dar un paso atrás en su intención de crear una economía de Estado y el capitalismo volvió como régimen económico, aunque las requisas de gra-

no de los excedentes por parte los bolcheviques siguieron. Al mismo tiempo se le dio a Ucrania una autonomía que utilizó para impulsar el nacionalismo y la lengua.

Entre 1922 y 1930 empezó la llamada deskulakización de las zonas rurales. Kulak fue la palabra usada por los bolcheviques para denominar a aquellos campesinos que eran los beneficiarios del capitalismo, los cuales se habían estado enriqueciendo a costa de los campesinos más pobres y que entorpecían la implantación del comunismo. El problema es que Ucrania no era como Rusia donde la mayoría de los campesinos trabajaban para grandes propietarios de tierras, sino que en Ucrania a rasgos generales, los campesinos eran iguales entre ellos y cada uno tenía sus propias tierras. Así pues, el concepto kulak era muy difuso y difícil de aplicar. Al final el término se utilizó para hacer referencia a cualquiera que demostrara descontento y afecto a los campesinos más prósperos, eficientes y desafiantes que había. Podían llegar a ser catalogados como kulak por tener dos vacas en lugar de una. A los kulaks se les ponían muchas dificultades, primero se les hicieron requisas de alimento y finalmente terminaron haciendo deportaciones masivas a otras zonas de la Unión Soviética como Siberia.

Desde 1922 Stalin se convirtió en el nuevo líder de la URSS. Stalin tenía como apuesta personal propia la implantación del sistema de granjas colectivas, el cual se intentó instaurar de forma progresiva en toda la URSS incluyendo a Ucrania. Para poder conseguir la colectivización, se tuvieron que destruir la estructura étnica y económica de las zonas rurales. Además, también se atacó el culto cristiano destruyendo iglesias y eliminando las fiestas

tradicionales. En 1929 desde Moscú se impuso la colectivización obligatoria, lo que en Ucrania generó pequeños levantamientos que, al estar desorganizados, fueron fácilmente sofocados por el Ejército Rojo. Los campesinos que se negaban a formar parte de las granjas colectivas eran castigados.

Entre 1930 y 1932 las granjas colectivas, empezaron a incumplir los objetivos de grano marcados desde Moscú. Este fracaso fue debido a varios factores. En primer lugar, se puso al cargo de la gestión de las granjas a bolcheviques poco cualificados de zonas urbanas, sin ningún conocimiento previo del campo. A esto se le sumaba que los campesinos más productivos habían sido deportados y los que se quedaron, no tenían ningún tipo de interés en trabajar para estas granjas ya que las veían como una forma de servidumbre.

Desde que Stalin había llegado al poder había empezado a exportar

Desde Moscú se vendió el hambre como si la escasez de alimento fuera culpa de los campesinos avariciosos

grano a bajos precios para utilizarlo como arma geopolítica y propagandística. Esto hizo que los objetivos de producción de grano fueran cada vez más exigentes, lo que contrastaba con la disminución de productividad de las granjas. Esto generó una escasez de alimentos que afectó a toda la URSS, pero en especial a Ucrania, ya que tenía unos objetivos más elevados que el resto de las zonas productoras de grano y unas granjas menos eficientes. En 1931 la previsión de grano era de 83 millo-

nes de kilogramos, pero se produjeron solamente 69,5.

Este incumplimiento de los objetivos de recolección de grano no llevó a Stalin a hacer autocrítica de su nuevo modelo de granjas, ya que se había jugado el liderato del Partido Comunista con esta política y por tanto no podía fracasar. Se culpó a los campesinos y a miembros del Partido Comunista del fracaso.

A principios de 1932 el líder del Partido Comunista Ucraniano, Hrihori Petroleski, escribió a Stalin pidiéndole que terminara con el sistema de granjas colectivas y que pidiera ayuda a la Cruz Roja como ya se hizo en 1921 para evitar la hambruna que iba a asolar a Ucrania durante el próximo año.

En marzo de 1932 la hambruna ya era evidente, pero las exportaciones de grano por parte de la URSS seguían. Los informes que recibió Stalin por parte de la policía secreta le hicieron temer un levantamiento en Ucrania por parte del Partido Comunista Ucraniano, ya que muchos dirigentes hacían una crítica abierta a Stalin al responsabilizarle de las demandas inalcanzables de grano. En abril de 1932 Stalin dijo: «el poder soviético ha dejado de existir en ciertas partes de Ucrania». Además, al recibir informes de otros líderes del Partido Comunista donde se aseguraba que el hambre era una exageración y que ese año se conseguiría una mejor cosecha que en 1931, hizo que desde Moscú se vendiera el hambre como si la escasez de alimento fuera culpa de los campesinos avariciosos.

En otoño de 1932 se obliga a las granjas a entregar todas sus reservas y además se ataca el sistema avícola y lácteo propio de los campesinos que es lo que les había permitido sobrevivir. Muchos de los campesinos que consiguieron sobrevivir durante

el Holodomor, lo hicieron gracias a que poseían una vaca. En noviembre se recuperaron las listas negras en las que se castigaba a aquellas granjas que no podían cumplir los objetivos marcados, esto en teoría tenía que ser una forma de incentivar el trabajo, pero se convirtió en una condena a muerte para muchos campesinos. También en este mes se hizo una purga interna en el Partido donde 27.000 miembros fueron detenidos.

A lo largo de 1932 y 1933 también se hizo una purga en el ámbito de la enseñanza, cultura, religión e industria editorial que fue un duro ataque para el nacionalismo ucraniano, ya que alrededor de 200.000 personas fueron purgadas.

Durante la primavera de 1933 fue donde se vivió el máximo apogeo en número de muertos y a partir de verano las requisas fueron menguando. Es importante indicar que las brigadas que durante el Holodomor confiscaron alimentos, sabían que era una condena a muerte, pero era lo que se buscaba en esta crisis alimentaria de 1932. Al contrario que en 1921 los campesinos no eran los afectados, sino que eran los perpetradores. Para Moscú los campesinos ucranianos no tenían conciencia ni conocimientos, eran retrógrados, solo les importaban sus propiedades y por tanto eran un impedimento para ellos.

Tras 1933 se tuvieron que hacer repoblaciones con rusos debido a la falta de mano de obra causada por las muertes. Es difícil calcular el número de muertos que se generó durante el Holodomor, pero se calcula que aproximadamente fueron alrededor de 4,5 millones de personas, un 14 % de la población de Ucrania en ese momento. Durante la URSS, se instauró una ley del silencio impulsada desde Moscú, que intentó ocultar el genocidio.

Cuando Polonia salvó de nuevo a Europa: la Guerra Polaco-bolchevique

José Luis Orella*

El 15 de agosto de 1920 se libró en Polonia una de las batallas más decisivas y desconocidas del siglo XX, ya que para los bolcheviques el nuevo Estado polaco era la entrada militar a Europa.

AL término de la primera guerra mundial, Polonia se reconstituía como Estado soberano después de 123 años de inexistencia. El principal problema fue el de definir las fronteras del nuevo estado proveniente de tres imperios en descomposición. El peligro más importante vendría

El nuevo gobierno revolucionario de Vladímir Ilich Uliánov «Lenin» aprovechó la derrota alemana para recuperar el oriente europeo

del este. Los bolcheviques se habían alzado con el poder en Rusia en octubre de 1917. **El nuevo gobierno revolucionario de Vladímir Ilich Uliánov «Lenin» aprovechó la derrota alemana para reocupar el oriente europeo.** Sin embargo, la colaboración de todas las fuerzas anticomunistas contra el enemigo común

bolchevique fue imposible. Para los rusos blancos su principal objetivo era restaurar la Rusia indivisible dentro de las fronteras de antes de la guerra, y Kiev era la cuna del mundo ruso, por lo que no podía ser la capital de una Ucrania independiente. Para los nacionalistas ucranianos era inaceptable volver al seno de un Imperio ruso, y para el polaco Józef Piłsudski, que miraba a Rusia como el mayor peligro de Polonia, fuese blanca o roja, era imprescindible su objetivo de crear un espacio intermedio de estados independientes, entre los cuales, una Ucrania independiente era imprescindible para la seguridad de Polonia.

La proclamación de la República de Ucrania fue posible con Simon Petliura, sin embargo, los encontronazos con los polacos aparecieron, cuando la milicia ucraniana intentó ocupar la antigua ciudad de Lemberg, Lvóv para los polacos y Lviv para los ucranianos. La ciudad estaba habitada según el censo de 1910, por un 51,2 % de polacos, otro



Batalla del Vístula de Jerik Kossaks

27,8 % de judíos y el resto ucranianos. Los polacos impidieron la toma de la ciudad. La mitad de los caídos fueron estudiantes de secundaria y universitarios. Su gesta quedará inmortalizada en el cuadro «La batalla de Leópolis» de Wojciech Kossak.

No obstante, los nacionalistas ucranianos de **Simon Petliura**, que había sido nombrado dictador con plenos poderes, negociaron con **Józef Piłsudski**, una alianza militar a cambio de renunciar al territorio de Ucrania Occidental a favor de Polonia. El 16 de diciembre de 1919 los bolcheviques entraron en Kiev y se hicieron con gran parte de Ucrania. Pero, el 25 de abril de 1920, el ejército polaco inició la ofensiva llegando el 6 de mayo a Kiev. Sin embargo, Lenin había dado el 14 de febrero de 1920, la orden de atacar Polonia. Aunque el objetivo real era Alemania, con una enorme población obrera, sin recursos y viviendo en la miseria, porque ofrecía una oportunidad única para extender la revolución al corazón de Europa. El único

muro de contención era el renacido Ejército Polaco.

En el ejército bolchevique, el comandante fue un brillante antiguo oficial del ejército imperial de 26 años, Mijaíl Nikoláievich Tujachevski, de ademanes aristocráticos, que contrastaba con uno de los más famosos generales del Ejército Rojo, Semión Mijáilovich Budionny, comandante del Primer Ejército de Caballería Roja (Konármija), situado en Ucrania, quien había cultivado la imagen de horda salvaje para sus hombres, arrasando propiedades, violando mujeres y torturando a sacerdotes y oficiales con crueldad. A finales de 1920 la fuerza total del Ejército Rojo era de 5.300.000 hombres, organizados en 55 divisiones de infantería y 23 de caballería.

Entretanto, los polacos tuvieron que afrontar una gran derrota ante los bolcheviques. El general Mijaíl Tujachevski arrollaba las defensas polacas y el 11 de julio entraba en Minsk, tres días después en Vilna, el 19 en Grodno y el 1 de agosto en

Brest-Litovsk. El 23 de julio Lenin organizó el Comité Revolucionario Polaco presidido por Julian Marchlewski en cuyo equipo destacaba el nombre de Feliks Dzierżyński, director de la CHEKA.

Polonia se encontraba indefensa a nivel material, pero no espiritualmente, Józef Piłsudski levantó el patriotismo armado y la Iglesia católica levantó la moral de Polonia. El nuncio papal, el cardenal Achille Ratti, (futuro Pío XI) y un oficial de la misión francesa, Charles de Gaulle, miembro de la Misión Militar francesa en Polonia, fueron testigos de lo que iba a acontecer. Mientras la Misión francesa tenía el objetivo de convertir aquella masa de voluntarios en una unidad de combate profesional, la Misión británica, dio apoyo moral. Entretanto, en la segunda semana de agosto, las fuerzas de Tujachevski, llegaron al Vístula, aproximándose a Varsovia.

En la noche del 5 de agosto, Józef Piłsudski tomó la mayor decisión de su vida. El mandatario polaco,

mientras removía su abundante mostacho con sus dedos, no dejaba de pensar en aquel flanco izquierdo que los bolcheviques dejaban al descubierto después de repasar la zona pantanosa de Pripet. Entretanto, Tujachevski celebraba su futura vic-

Polonia se encontraba indefensa a nivel material, pero no espiritualmente, Józef Piłsudski levantó el patriotismo armado y la Iglesia católica levantó la moral de Polonia.

toria en Smolensko, con champán, su violín y mujeres excesivamente conocidas. El 8 de agosto los bolcheviques iniciaron su asalto por el norte y el este de la capital polaca, la entrada en Varsovia estaba pro-

gramada para el 12. Los refugiados aterrizaron a la población con sus historias de violencias. Las procesiones eran numerosas en la víspera de la gran fiesta de la Virgen de la Asunción.

El 14 de agosto, se produjo la muerte del P. Ignacy Skorupka, 27 años, capellán del 36º regimiento de voluntarios, formado por los universitarios varsovianos, quien galvanizó a sus hombres encabezando la primera línea con su crucifijo, muriendo en el ataque. Su ejemplo fue resaltado posteriormente, se llegó a decir que entre las nubes de pólvora se pudo ver a la Virgen alentando la defensa. Estos hechos irán entretejiendo lo que luego se denominará como «el Milagro del Vístula». A la mañana del 16 de agosto, cinco divisiones que reunían a 55.500 hombres, 3.800 jinetes, 1.027 ametralladoras y 252 cañones, atravesaron

el río Wieprz. La maniobra dio resultado y las comunicaciones de los bolcheviques fueron cortadas. El III Cuerpo de Caballería de Hayk Bzhishkyan «Gai» y el 4º Ejército bolchevique se internaron en Prusia oriental. El resto de las fuerzas huyeron abandonando sus bagajes, y convirtiendo aquello en un desastre sin paliativos. Polonia se había salvado de la posibilidad de una revolución bolchevique, y de su victoria también se beneficiaba el resto de Europa.

Después de la batalla de Varsovia, los bolcheviques solicitaron la paz y los polacos, exhaustos, fueron favorables a la negociación. La paz se firmó en Riga el 18 de marzo de 1921. Polonia había salvado a Europa y el antiguo revolucionario Józef Piłsudski entraba como héroe en el panteón de los héroes de la historia de Polonia.

«No hay paz de Cristo sin el Reino de Cristo»

«Admirablemente cuadran a nuestra edad aquellas palabras de los Profetas: “Esperábamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror (Jer. 8, 15); el tiempo de restaurarnos, y he aquí a todos turbados (Jer 14, 19). Esperábamos la luz, y he aquí las tinieblas... ; y la justicia, y no viene; la salud, y se ha alejado de nosotros” (Is 59, 9, 11)».

(...) «Síguese, pues, que la paz digna de tal nombre, es a saber, la tan deseada paz de Cristo, no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida pública y en la privada, las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo; y una vez así constituída ordenadamente la sociedad puede por fin la Iglesia, desempeñando su divino encargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades. En esto consiste lo que con dos palabras llamamos “Reino de Cristo”».

Pío XI, *Urbi arcano* (1922)

Moldavia, una situación parecida a Ucrania

Zina Vasilache

Según indican los analistas occidentales se teme un ataque de Rusia a Moldavia con el objetivo de crear un puente terrestre desde Rusia a lo largo de la costa de Ucrania hasta Transnistria, de manera que Ucrania quede aislada del Mar Negro.

La historia de Moldavia, entre Oriente y Occidente

MOLDAVIA es un país donde han convergido Occidente y Oriente, cuya faz emergió producto de ambiciones ajenas, dando lugar a unas fronteras tan recientes como las de 1940, y cuya conciencia como nación moldava es muy joven. Tras la disolución de la Unión Soviética, en 1991 la República de Moldavia declaró su independencia. Entre Moldavia y Rusia existe una relación de hegemonía-jerarquía, entre país dominante y subordinado.¹ Esta región histórica, que originalmente formaba parte del Principado de Moldavia, creado en el siglo XIV, constituye la mayor parte del territorio de la Moldavia moderna. Los Principados del Danubio era el nombre con el que se designaba a los principados de Moldavia y Valaquia hasta su unión en 1859 que dieron lugar al nacimiento de la Rumanía moderna. Vasallos del Imperio otomano desde finales del siglo xv y principios del XVI, los prin-

cipados danubianos pasaron a ser un enclave estratégico cuando en el siglo XVIII se convirtieron en frontera entre los dominios del sultán y los imperios en expansión de Austria y Rusia. En 1711 el Imperio de los Habsburgo obtuvo el reino de Hungría y Transilvania, cedidos por el Imperio otomano. De esta forma, Moldavia y Valaquia quedaron como los únicos territorios otomanos que se interponían entre los dominios austríacos y la desembocadura del Danubio. Tras el final de las guerras napoleónicas, la política austríaca con respecto al Imperio otomano cambió drásticamente. En vez de luchar por la anexión de los principados del Danubio, Austria trató de preservar en lo posible la integridad territorial otomana y de que los principados se convirtieran en zona de contención que frenara la expansión rusa hacia los Balcanes. Por el Tratado de Bucarest de 1812 el Imperio ruso anexionó Moldavia al imperio otomano. Recordemos que la parte occidental del Principado de Moldavia se unió a Valaquia en 1859 creando el reino de Rumanía. El gobierno zarista adoptó una política de rusificación, eliminando el idioma rumano como uso oficial y religioso,

1 Mathew Crandall. «Hierarchy in Moldova-Russia relations: the Transnistrian Effect».



sustituyéndolo por el alfabeto cirílico y trasladando hasta los territorios que se habían quedado sin población tras la marcha de los turcos a numerosas familias eslavas (rusos y ucranianos), que hicieron que el porcentaje de rumanos se redujera a la mitad durante el siglo XIX.

El 23 de agosto de 1939 se firmó el Pacto Mólotov-Ribbentrop y en su artículo 4 del Protocolo Adicional secreto, Besarabia quedaba dentro de la zona de influencia soviética. Una vez las tropas soviéticas entraron en Besarabia, esta fue incorporada a la URSS, como la República Socialista Soviética de Moldavia. Asimismo, miles de habitantes fueron ejecutados o deportados a Siberia. Importaron muchos rusos y ucranianos para repoblar y sobretodo industrializar la zona de Transnistria. Actualmente la población de Moldavia es de apenas 2,6 millones, la mayoría de ella rumanófona (80 %), desglosados según el censo en un 74 % de moldavos y un 7 % que se declaran rumanos. Cuenta asimismo con minorías considerables de ucranianos (6,5 %), gagaúzos (4,5 %) y rusos (4 %). Si Moldavia votara a favor de la reunificación con Rumanía, la comunidad autónoma de Gagauzia, una minoría túrquica rusoparlante de conversos a la religión cristiana ortodoxa, tendría derecho a separarse del resto del país. Desde 1944 hasta 1991, Moldavia fue parte de la URSS. Tras su disolución y la proclamación de la independencia muchos sintieron

desorientación y cierta nostalgia y quisieron mantener lazos con Rusia. La predominancia del gobierno comunista del 2001 al 2008 es evidencia de ello. En los 10 años que siguieron el parlamento moldavo estuvo dominado por partidos pro-europeos que buscaban alejar al país de la influencia rusa y acercarse a Rumanía y la Unión Europea (UE). Esos partidos social-demócratas apoyaron en 2016 a Igor Dodon, líder del Partido de los Socialistas de la República de Moldavia, quien fue elegido presidente con una plataforma prorrusa y la promesa de identificarse con la antigua Unión Soviética y el bloque del Este. Sin embargo, fue derrotado en las elecciones presidenciales de Moldavia de 2020 por la proeuropea Maia Sandu, representante del partido Acción y Solidaridad (PAS).

Transnistria: un conflicto congelado que está volviendo a cobrar interés geopolítico

El fracaso de la integración de Moldavia en la UE está condicionado al conflicto de Transnistria, una franja de tierra situada entre el río Dniéster y Ucrania y que entre 1990-1992 sufrió una guerra respaldada por el XIV ejército ruso y que se saldó con más de quinientas muertes. En palabras del antiguo ministro de Defensa Viorel Ciubotari en 1988 las autoridades

locales no buscaban ser líderes de una región separatista sino gozar de cierta autonomía y no querían depender de la capital en Chisinau. Sólo después apareció una divergencia ideológica y una motivación antiunionista. Casi los mismos métodos se utilizaron en Luhansk y Donetsk cuando convenía lanzar el separatismo². Transnistria es de facto un estado independiente con su propio gobierno, Parlamento, ejército, policía y hasta Constitución. Cerca del 62% de la población pertenece a alguna etnia eslava, debido a las políticas de colonización rusa y ucraniana de la región, con la intención de defender lo que era la frontera suroccidental del Imperio ruso. Tras la anexión de Crimea por Rusia en marzo de 2014, el entonces el jefe del parlamento de Transnistria pidió unirse a la Federación Rusa. En la actualidad hay unos 2000 soldados rusos desplegados en la región, lo que contradice la neutralidad de Moldavia proclamada en su Constitución. Oficialmente los soldados operan como fuerzas de paz, en un claro conflicto de interés, aunque en la práctica sus funciones son las de guardias fronterizos. No ayudó el hecho de que en 2001, el presidente comunista Voronin firmó un pacto mediante el cual Rusia se convertía en el garante de la integridad territorial de Moldavia.

² Ucrania y Transnistria: «Diferentes guerras, mismas estrategias» <https://p.dw.com/p/47vgr>

Por ello resulta un gesto político significativo que el pasado 15 de marzo de 2022, la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa adoptara una resolución por la que reconocía la región de Transnistria como territorio ocupado por Rusia.

La República de Moldavia se considera el estado sucesor legítimo de la República Socialista Soviética de Moldavia (a la que se le garantizó el derecho a la secesión de la Unión Soviética en virtud de la última versión de la Constitución soviética). **Por el principio de integridad territorial, Moldavia afirma que cualquier forma de secesión del estado sin el consentimiento del gobierno central moldavo es ilegal.** Cada vez que Moldavia ha mostrado interés por integrarse en la UE, o mantenido reuniones para valorar la entrada en la OTAN, Rusia mostraba su negativa en retirar las tropas. En 2005 las relaciones se tensaron. Moldavia expulsó a once observadores rusos por interferir en la campaña electoral. En respuesta, Rusia boicoteó la exportación de los vinos moldavos. La presión funcionó hasta el punto de que Moldavia se vio obligada a buscar la reconciliación ya que en tan sólo dos años el crecimiento del PIB se recortó de un 7.5% a un 3%. Los castigos se intensificaron también en materia energética. Mientras Transnistria recibe el gas gratis, Moldavia tuvo que declarar el estado de emergencia en enero del 2022 debido a las amenazas del consorcio ruso Gazprom de suspender los suministros. Transnistria consume una cantidad muy elevada del gas ruso debido a plantas que lo convierten en electricidad, pero hasta hace pocos años la deuda se computaba sin diferenciar, lo cual favorecía el régimen separatista. La deuda actual asciende a 709 millones de dólares. Nunca antes habían

insistido en pagos urgentes y Moscú aceptaba demoras en el pago durante la etapa invernal. Ahora el nuevo contrato a 5 años estipula una serie de condiciones de pago por adelantado. Este acuerdo fue posible por la mediación de la UE, que acusó a Moscú de utilizar el gas como arma geopolítica debido a la política pro UE de **Maia Sandu**. Ante las sanciones al gas ruso que se plantean en la UE, la presidenta moldava dejó claro que no ha encontrado alternativas a su suministro.

Otro de los retos para el gobierno moldavo, es que la audiencia sigue en su mayoría **los medios televisivos y de información rusos**, y estos ahora son cauce de la narrativa procedente del Kremlin. En los primeros días de la invasión de Ucrania, la embajada rusa pidió a la ciudadanía informar de si han sido víctimas de discriminación por motivo de su idioma. «Rusia obtiene la influencia que quiere por medios pacíficos o la obtiene por la fuerza», expresó un miembro del partido político de la oposición suspendido en Ucrania.³ En el caso de Moldavia, tienen consolidada una influencia cultural, histórica, en los medios informativos y de entretenimiento. Esto explica que los moldavos vean con preocupación que el apoyo a la guerra dentro de la opinión pública se extienda a través de las noticias. Mientras el gobierno de **Maia Sandu** decreta leyes para combatir la propaganda que alienta la guerra en la vecina Ucrania, prohibiendo la exhibición de la letra Z y la Cinta de San Jorge, el líder de la oposición, y ex presidente **Igor Dodón** asegura que el 9 de mayo la llevará en referencia al Día de la Victoria contra el nazismo. La actual propaganda de guerra realmente puede resultar una injerencia política externa. Llega a configurar la opi-

nión de una población más afín a los valores así llamados tradicionales que respetan la familia, la religión y que se oponen a la imposición de la ideología LGTBI. La desinformación trata de justificar la guerra generando así una masa de opinión que no ve con malos ojos que se les libere, como antes del Imperio otomano, ahora del liberalismo hegemónico de Occidente. Y los resultados no han tardado en manifestarse. Según una encuesta realizada por Magenta Consulting, el 26% de los encuestados moldavos cree que la Federación Rusa está llevando a cabo una «operación militar» en Ucrania y no una guerra. Al mismo tiempo, el 20% de los encuestados en una encuesta realizada en Moldavia dijeron que estaban del lado de Rusia cuando se les preguntó sobre la guerra en Ucrania, y el 25% dijo que apoya el manejo del conflicto por parte de **Vladimir Putin**, que ha matado a cientos de civiles ucranianos. Muy al contrario y aunque canónicamente está sujeta al Patriarcado Ruso, que declara rezar por los soldados rusos que combaten en el país vecino, **los representantes de la Iglesia Metropolitana de Moldavia, condenan la guerra** y anunciaron que los casos de los sacerdotes que han promovido mensajes de apoyo a la guerra³ han sido documentados y serán sancionados según los cánones eclesiales de la Iglesia. **Se distancian así de la narrativa del Patriarcado de Moscú.** Que haya disensiones en el seno de la Iglesia Ortodoxa no beneficia a la causa de la unión de los cristianos y sólo queda esperar que no se produzca un cisma más entre las Iglesias orientales.

3 ¿Desacuerdos entre la Iglesia Metropolitana de Moldavia y el Patriarcado Ruso? <https://agora.md/>



Hemos leído

Aldobrando Vals

Gestantes ucranianas

LA VANGUARDIA

La escritora Laura Freixas ha tenido la valentía, y el acierto, de exponer en La Vanguardia uno de los aspectos más sórdidos de Ucrania, que no deberíamos olvidar ni siquiera en momentos de tanta gravedad como los que estamos viviendo:



Cartel para captar mujeres ucranianas para ser vientres de alquiler

«Ucrania exporta trigo, pero no solo. Ucrania, el país más pobre de Europa, es también número uno en otra exportación para los países ricos: bebés. La fabricación de bebés por encargo, que las mujeres que los paren (¿cómo se llama una mujer

que pare un hijo?, no me acuerdo) entregan a cambio de dinero (¿cómo se llama, que tampoco me acuerdo, entregar algo a cambio de dinero?), es legal allí e ilegal en España, pero España hace la vista gorda: una instrucción de la dirección general de los Registros y del Notariado, del 2010, permite que se inscriban como propios los bebés gestados por dinero fuera de nuestras fronteras.

«¿Cómo se llamaba eso de la antigua Roma, cuando una persona tenía legalmente todo el poder sobre otra, hasta en lo más íntimo, sin que la otra pudiera escapar?»

Los contratos de gestación subrogada son un ejemplo precioso de... ¿cómo se llamaba eso de la antigua Roma, cuando una persona tenía legalmente todo el poder sobre otra, hasta en lo más íntimo, sin que la otra pudiera escapar? Aquí, los que se llaman a sí mismos padres deciden sobre la que llaman gestante hasta en lo más íntimo: si puede tener relaciones sexuales, si puede vivir con su familia, si debe abortar, dónde debe parir, si será por cesárea... y si la interesada quisiera romper el contrato, ¿cómo escaparía de un embarazo?... ¿Se imaginan todo

esto, además, con bombardeos, hospitales colapsados, el riesgo de que nadie venga a llevarse al bebé...?

Digo que se lo imaginen, porque televisiones y periódicos no se lo van a mostrar. Están demasiado ocupados compadeciéndose de mujeres españolas desesperadas porque se acerca el parto y no tienen noticias, o sacando a un diputado del PDECat que exige que el Gobierno “agilice los trámites” para que esas parejas “recojan a sus hijos”. A una locutora a la que se le ocurrió preguntar a la señora que había encargado un bebé si “había podido contactar con la madre”, la señora la cortó en seco: “La madre soy yo”.

A ver si nos enteramos: esas mujeres pobres, extranjeras, que, no teniendo donde caerse muertas, alquilan, no su vientre, sino todo su ser: sus náuseas, sus estrías, sus emociones, su prohibición de medicarse, su posparto con cicatriz y sin bebé, su leche para nadie..., no son madres. Son envases. Por favor no olviden tirarlas al contenedor correspondiente».

Política, progresismo y populismo

El Debate de hoy

Russell R. Reno, director de *First Things*, ha estado en España y ha concedido una entrevista a José M^a Sánchez Galera para *El Debate* de la que extractamos algunos fragmentos:

«Parte del genio del cristianismo consiste en separar lo político de lo que constituye nuestro destino final. Es decir, en política tratamos

de conseguir los bienes relativos a la Ciudad de los hombres, y admitimos que una felicidad final y completa sólo se da en la Ciudad de Dios, que está en el Cielo, y lograr esa Ciudad está en las manos de Dios, no en nuestras manos. Cuando perdemos de vista esa distinción entre la Ciudad del hombre y la Ciudad de Dios, surge la tentación totalitaria de emplear el poder político para traer la perfección a la vida humana.

No me gusta la palabra “valores”, porque los valores son lo que valoro. Lo cual tiende a centrar la atención no en la razón y la verdad, sino en los sentimientos y las emociones. Esto conduce a que la gente quiera “espacios seguros”, quiere sentirse cómoda.

La religión es una fuerza vigorosa que ancla nuestras almas en lo trascendente. Y esa es el ancla más profunda y poderosa de todas. Y esa canción, *Imagine*, es un mundo completamente fluido donde no hay orillas, ni islas. Estás nadando en un océano sin fin. Resulta agotador. Aunque los movimientos populistas en Occidente pueden tener un punto cínico, y aunque estén dirigidos por políticos muy cínicos, el impulso subyacente popular supone un intento desesperado por encontrar un líder que asiente sus sociedades en algo sólido. Los tres cimientos son la Iglesia, la familia y la nación. Vivimos en una época de paradojas. Por un lado, movimientos de liberación que prometen un futuro utópico en el que tú puedes determinar quién eres, incluso puedes convertirte en hombre o en mujer. Y, al mismo tiempo, una perspectiva muy sombría del futuro.

Cuando yo era joven, la gente creía en el progreso, y ahora lo máximo a lo que podemos aspirar es la sostenibilidad. El progresismo insiste en la revolución que está a punto de crear un nuevo futuro, y, a la vez, es profundamente pesimista acerca de ese futuro. Es una combinación de cinismo e idealismo, de idealismo y pesimismo. Nadie quiere vivir en

Russell
R. Reno



un mundo de idealismo vacío cuya última palabra es, al fin y al cabo, la de la desesperación».

El temor de Pío IX

Gilles Jeanguenin ha publicado un jugoso libro con anécdotas y curiosidades de los papas a lo largo de la historia. Cuenta en una de ellas que en 1848, cuando el primer ministro Pellegrino Rossi fue asesinado y la República romana de Mazzini obligó al papa Pío IX a huir, un prelado le preguntó al Papa:

«Santidad, ¿no teme que, esta vez, la Barca de Pedro se hunda?».

«No, estoy seguro de que la Barca de Pedro no se hundirá nunca. Más bien temo el motín de la tripulación» –respondió el Beato.



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

Una oración desde el corazón de la gran tradición mariana

El pasado 25 de marzo el papa Francisco consagró Rusia y Ucrania al Corazón Inmaculado de María con un texto entretelado de citas de gran tradición mariana y que Andrea Tornielli explicaba en Vatican News en artículo que reproducimos casi íntegramente.

Madre de Dios es el título con el que se venera a Nuestra Señora en Oriente y en Occidente, proclamado como dogma por el Concilio de Éfeso. **Madre de la Misericordia** es una expresión que también se repite en la «Salve Regina».

Es **Él quien nos ha dado y ha puesto en tu Inmaculado Corazón un refugio para la Iglesia y para la humanidad**. Estas palabras evocan la revelación de Fátima: «Dios ha decidido establecer la devoción a mi Inmaculado Corazón...» y «mi Inmaculado Corazón será tu refugio». Aunque el dogma de la Inmaculada Concepción de María, proclamado por el beato Pío IX en 1854, pertenece a la Iglesia católica, las Iglesias de la Ortodoxia comparten la misma fe. El teólogo ortodoxo ruso Sergei Bulgákov, por ejemplo, sostiene que «en la ortodoxia, la fe en la ausencia de pecado personal de la Madre de Dios es como el incienso, como una nube de oración que la veneración y la piedad de la Iglesia concentran y elevan». Además, la referencia al «refu-

gio» hace resonar la antigua oración mariana «*Sub tuum praesidium*».

Por eso recurrimos a ti, llamamos a la puerta de tu Corazón, nosotros, tus hijos queridos, a los que no te cansas jamás de visitar e invitar a la conversión. Podemos ver aquí una referencia a las apariciones marianas.

Repíete a cada uno de nosotros: «¿No estoy aquí, que soy tu Madre?». Esta es la frase revelada por María al indio Juan Diego, en la aparición de Guadalupe.

Tú sabes cómo desatar los enredos de nuestro corazón y los nudos de nuestro tiempo. Se puede leer aquí una referencia a la «Virgen que desata los nudos», una imagen mariana a la que el papa Francisco es devoto de manera notoria.

Tú, «tierra del Cielo», devuelves la concordia de Dios al mundo. La expresión «tierra del Cielo» está tomada de un himno monástico bizantino-eslavo, y poéticamente significa la unión entre el Cielo y la tierra que podemos contemplar en María elevada al Cielo también con su cuerpo.

Que las lágrimas que has derramado por nosotros hagan florecer este valle que nuestro odio ha secado. Aquí se puede leer otra alusión a la «*Salve Regina*», donde hablamos del «valle de lágrimas».

El «sí» que brotó de tu Corazón abrió las puertas de la historia al

Príncipe de la paz; confiamos que, por medio de tu Corazón, la paz llegará. En estas palabras encontramos una alusión velada al inicio del *Tratado de la verdadera devoción* del santo de Montfort, según el cual Dios, igual que entró en el mundo a través de María, así, por medio de ella, quiere seguir reinando en el mundo.

Tú que eres «fuente viva de esperanza», disipa la sequedad de nuestros corazones. Esta es una cita de la oración de san Bernardo, «Virgen Madre, Hija de tu Hijo», presente en el último canto (XXXIII) de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri.

Tú que has tejido la humanidad de Jesús. Se trata de una expresión inspirada en algunos Padres orientales. La imagen de María como «tejedora» está presente en la iconografía cristiana desde el mosaico del arco triunfal de Santa María la Mayor y durante todo el primer milenio.

Es Él quien te ha entregado a nosotros y ha puesto en tu Corazón inmaculado un refugio para la Iglesia y para la humanidad. La entrega a María tiene una referencia evangélica. En el Evangelio de Juan leemos que Jesús, desde la Cruz, confía el único apóstol presente en el Calvario a su Madre. E inmediatamente después, añade, dirigiéndose a Juan: «¡He aquí a tu madre!». Encontramos huellas del acto de consagración o entrega a María al menos desde el siglo VIII, con Juan Damasceno, un teólogo árabe de fe cristiana y doctor de la Iglesia, originario de Damasco. Es él quien formula la primera oración de consagración a la Virgen.

La identidad de la escuela católica para una cultura del diálogo

La Congregación para la Educación Católica ha publicado reciente-

mente una instrucción con el fin de reflexionar y orientar sobre el valor de la identidad católica de las instituciones educativas en la Iglesia, ofreciendo algunos criterios adaptados a los retos de nuestro tiempo, en continuidad con los criterios que siempre han sido válidos. Destacaremos a continuación algunas de las principales ideas del documento.

En primer lugar, la Congregación vaticana afirma que el principal objetivo de la Iglesia en su labor educativa es la evangelización. «La Iglesia tiene el deber de educar sobre todo, porque tiene el deber de anunciar a todos los hombres el camino de la salvación, de comunicar a los creyentes la vida de Cristo y de ayudarles con atención constante para que puedan lograr la plenitud de esta vida. La Iglesia, como Madre, está obligada a dar a sus hijos una educación que llene su vida del espíritu de Cristo. En este sentido, la educación que la Iglesia persigue es la evangelización y el cuidado del crecimiento de los que ya caminan hacia la plenitud de la vida de Cristo. Pero la propuesta educativa de la Iglesia no se dirige sólo a sus hijos, sino también a todos los pueblos para promover la perfección cabal de la persona humana, incluso para el bien de la sociedad terrestre y para configurar más humanamente la edificación del mundo. La evangelización y la promoción humana integral se entrelazan en la labor educativa de la Iglesia, la cual no persigue solamente la madurez de la persona humana, sino que busca, sobre todo, que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don de la fe mientras son iniciados gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación».

Sin embargo, aunque no hay que confundir la labor educativa de la

Iglesia con su labor catequética, la transmisión de la fe también tiene lugar, más allá del ámbito familiar y parroquial, a través de la actividad propia de las escuelas católicas en tanto que transmiten una concepción cristiana en todos los ámbitos de la cultura humana. En este sentido, la «escuela católica», como escuela, «posee esencialmente las características de los institutos escolares de todo el mundo, que, a través de una actividad educativa organizada y sistematizada, ofrecen una cultura orientada a la educación integral de las personas», y como católica, «tiene una cualidad que determina su identidad específica: «su referencia a la concepción cristiana de la realidad. Jesucristo es el centro de tal concepción.» (...) En otras palabras, se puede decir que, en la escuela católica, además de las herramientas comunes a otras escuelas, la razón entra en diálogo con la fe, que permite acceder también a verdades que trascienden los datos de las ciencias empíricas y racionales por sí solas, para abrirse a la totalidad de la verdad con el fin de responder a las preguntas más profundas del alma humana que no se refieren solo a la realidad inmanente».

La instrucción también subraya la especial responsabilidad de los profesores, cuyo servicio en una escuela católica es *munus* y oficio eclesialístico. Por este motivo, «los profesores y maestros han de destacar por su recta doctrina e integridad de vida», asociados con una dirección escolar que, en colaboración con toda la comunidad escolar y en estrecho diálogo con los pastores de la Iglesia, explicita las orientaciones de la misión educativa de la escuela a través de su proyecto educativo oficial, garantizando que todo acto oficial de la escuela sea acorde con su identidad católica.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!



Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades



Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas



Servicio inmediato de venta online



Acceso a la hemeroteca de CRISTIANDAD



Servicio de suscripción a nuestra revista



Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año!

Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.



info@balmeslibreria.com



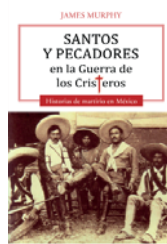
balmeslibreria.com



682 856 468



93 317 80 94



Santos y pecadores en la Guerra de los Cristeros

Murphy, James

Editorial: Encuentro

134 páginas

Precio: 16,50 €

Este relato sobre la Cristiada, la guerra civil mexicana que tuvo lugar entre 1926 y 1929 por la persecución del gobierno a la Iglesia católica, narra las historias de ocho protagonistas fundamentales. Los santos son ahora mártires de la Iglesia católica, y los pecadores eran líderes políticos y militares cómplices de la persecución.

Este elenco de personajes está presentado con una narración absorbente sobre la Guerra Cristera que engancha al lector como una novela apasionante, a la vez que explica un capítulo muy desconocido de la historia de América.



Para la eternidad

Sarah, Robert

Editorial: Palabra

288 páginas

Precio: 19,90 €

En el corazón de sacerdotes, obispos y cardenales se ha filtrado la búsqueda de una gloria mundana, de poder, de honores, de placeres terrenales. ¿Quién es capaz de asumir esta realidad sin estremecerse, sin llorar, sin hacerse preguntas?

A partir de diversos textos de santos, papas y algún otro autor, el Cardenal Sarah da respuestas concretas a esta crisis sin precedentes del ámbito eclesial. Desde un profundo amor a la Iglesia y al sacerdocio como identificación del sacerdote con Cristo hace una llamada a todos los sacerdotes para que sean resplandor de santidad.

El sacramento del orden es el icono de Jesús, Sumo Sacerdote. A esto nos ha invitado el papa Francisco, no a un sacerdocio que remite a sí mismo, sino que sea efectivamente un icono de Cristo-sacerdote.



Invencibles

Pérez Fonca, Juan

Editorial: Almuzara

272 páginas

Precio: 17,95 €

Durante decenios, desde Inglaterra se ha «vendido» la derrota de nuestra Armada Invencible, en el Canal de la Mancha, como un gran éxito de los anglosajones. En realidad el combate quedó en tablas (los ingleses tuvieron más bajas), en el contexto de una guerra que duró 16 años y que, a la postre, ganó España. Un año después, los españoles infligieron a sus rivales en La Coruña y Lisboa una derrota aún mayor que la de la Invencible: 190 barcos tenía la suya en 1589 por 130 la nuestra en 1588, pero ambas regresaron a casa con tan solo 102.

Una vibrante y bien urdida trama documentada con rigor da a conocer la verdadera historia de la Invencible.



LA CONVIVENCIA TIENE QUE FUNDARSE EN EL ORDEN MORAL ESTABLECIDO POR DIOS

La paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios.

(...) Sin embargo, este orden espiritual, cuyos principios son universales, absolutos e inmutables, tiene su origen único en un Dios verdadero, personal y que trasciende a la naturaleza humana. Dios, en efecto, por ser la primera verdad y el sumo bien, es la fuente más profunda de la cual puede extraer su vida verdadera una convivencia humana rectamente constituida, provechosa y adecuada a la dignidad del hombre. A esto se refiere el pasaje de santo Tomás de Aquino: «El que la razón humana sea norma de la humana voluntad, por la que se mida su bondad, es una derivación de la ley eterna, la cual se identifica con la razón divina... Es, por consiguiente, claro que la bondad de la voluntad humana depende mucho más de la ley eterna que de la razón humana».

Juan XXIII, *Pacem in terris*